

COMEDIA FAMOSA.

LUIS PEREZ EL GALLEGO.

SEGUNDA PARTE.

DE DON MANUEL DE ANERO PUENTE.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

<i>Luis Perez , Galán.</i>	***	<i>El Emperador Carlos Quinto.</i>	***	<i>Teresa , Criada.</i>
<i>Manuel Mendez.</i>	***	<i>El Duque de Alva , Barba.</i>	***	<i>Un Juez. Ministros.</i>
<i>Don Alonso de Tordoya.</i>	***	<i>D. Hugo de Moncada, Barba.</i>	***	<i>Cencero , Vejete.</i>
<i>Juan de Urbina.</i>	***	<i>Doña Leonor , Dama.</i>	***	<i>Barbarroja , Moro.</i>
<i>Don Diego.</i>	***	<i>Doña Juana , Dama.</i>	***	<i>Sinán , Moro.</i>
<i>Pedro , Gracioso.</i>	***	<i>Doña Maria de Moncada.</i>	***	<i>Moros. Acompañamiento.</i>



JORNADA PRIMERA.

*Dentro ruido de espadas , y carabinazos,
y dice el Juez.*

Juez. Tomadles todos los passos,
y matadlos , ò prendedlos,
aunque los oculte el monte,
ò los favorezca el centro.

*Salen Luis Perez , y Don Alonso retirando
al Juez , y Ministros.*

Luis. Qué importa , enemiga tropa,
que se conspire resuelto
vuestro aliento contra mi,
si es mas superior mi aliento ?

Alonso. Y qué importa , que irritado
nos pe figa vuestro esfuerzo,
si lo resiste este rayo,
sin los prologos del trueno ?

Juez. Huvamos , hijos , pues oy
tan desfurado me veo,
y apelemos al despique
en el socorro que espero,
porque vean lo que cuesta

perder al Rey el respeto. *Vanse.*

Dentro unos. Al monte.

Juez. Seguidme todos.

Alonso. A ellos , Luis Perez.

Luis. Tendos, *Detienele.*

y no con muerte de algunos
añadamos riesgo à riesgo.
Ya sabéis (despues de aquella
passada herida , en que al Cielo
tantos favores debí,
pues que con vigores nuevos
restableció mi salud
en bien limitado tiempo)
los trabajos , las congojas,
que nos cuesta mantenernos
en este monte , à pesar
del peligro manifesto,
en cuyo asan incessante,
en uno de los encuentros
quedò herido Manuel Mendez
à los rigores violentos

de una bala , que velòz
 le pasó el lado siniestro.
 Retíramosle valientes
 à essa Galeria , que siendo
 atalaya de estos valles,
 es garzora de aquel cerro,
 donde mi hermana Isabèl,
 Juana , y Leonor , con asèo
 continuamente le estàn
 cuidadas asistiendo;
 y aunque nosotros tan finos
 les buscamos el sustento,
 esto no puede durar;
 y no estrañeis el recelo,
 supuesto que contra mi
 resulta todo el processo,
 y en lo indignado del Juez
 advertidamente temo
 alguna accion , que desdiga
 à mi honor , y à mi respeto;
 y viendo que cada dia
 se se frustran los intentos,
 no dudareè haya pedido
 focorro al Virrey , que atento,
 de Soldados se le embie,
 con quienes sabeis que el riesgo
 es notorio ; y Dios nos libre,
 que una vez lo hagan empeño,
 pues saben atropellar
 montes sobre montes puestos.
 Yo pienso que os lo dixè
 otra vez , à cuyo efecto,
 à Pedro , aquel criado mio,
 embiamos con unos pliegos
 de Manuel Mendez , que avisa
 à sus amigos , y deudos
 el estado en que se halla;
 siendo su mayor empeño
 el Conde de Porto-Alegre
 su tio , cuyo desèo
 es solo logre el perdon
 del Rey Don Juan el Tercero
 de Portugal (cuyos triunfos
 son à todos manifiestos)
 y oy hemos baxado al Puente
 vizarramente resueltos
 à recibirle , pues ya
 le esperamos por momentos.
 Si viene bien despachado,

con Manuel Mendez harèmos,
 que se passe à Portugal
 con el hermoso portento
 de Doña Juana , donde halle
 salud , alivio , y consuelo;
 que conseguido una vez,
 nosotros huir podemos
 en los ligeros cavallos,
 injuria velòz del viento,
 y ponernos en la Corte,
 de donde noticia tengo
 sale brevemente Carlos
 Quinto (que prospere el Cielo
 con mil victorias triunfante
 de la fortuna , y el tiempo)
 para alentar con su vista
 los favorables sucesos
 del insigne Duque de Alva,
 en la guerra que està haciendo
 en Africa à Barbarroja,
 que tiene à su Rey depuesto.
 En la Corte , Don Alonso,
 mas de espacio dispondrèmos
 de que Leonor , è Isabèl
 tomen un seguro puerto
 en tan deshecha borrasca,
 pues no nos faltaràn medios,
 para que allí las ampare
 lo sagrado de un Convento;
 nosotros siguiendo al Cesar
 en su jornada , podemos
 mejorar nuestra fortuna
 à intercesion del acero:
 vos con mas facilidad,
 pues os hallais con empleo
 de Capitan , aunque al Duque
 en la jornada resuelto
 no siguièteis , por veniros
 à favorecer mi intento;
 pero à vuestra discrecion
 no le faltaràn pretextos
 de enfermedad , ò litigio,
 para el restablecimiento:
 à mi me serà preciso
 huir el rostro severo
 del Cesar , y mudar nombre,
 hasta que me ofrezca el tiempo
 de morir en su servicio
 tantos vehementes deseos.

Alonso.

De Don Manuel de Anero Puente.

3

Alonso. Amigo Luis, ya sabeis, que yo siempre estoy atento à lo que vos disponcis, pues no tengo otro deseo mas, de que salgais airoso de tan continuado empeño.

Luis. No niego yo, Don Alonso, lo que à vuestra amistad debo, pues abandonais por mi los merecidos ascensos. *Mira à dent.* Pero tened, que se engaña la vista, ò es aquel Pedro, que à mirarnos se ha parado, pensando ser otros: quiero llamarle: llega, Pedro, que nosotros somos.

Salie Pedro con alforjas.

Pedro. Laus Deo, que por fin de mi viage à veros con salud buelvo.

Luis. Pedro, seas bien venido, dinos ya lo que hay de nuevo.

Pedro. Lo que yo puedo deciros, que bien despachado vengo, y las demás circunstancias han de decir estos pliegos del Conde de Porto-Alegre, y demás Fidalgos. *Alonso.* Eſto puede aliviar folamente los cuidados que tenemos.

Luis. Pues no aquí nos detengamos, subamos arriba presto, para que abra Manuel Mendez las cartas; pero que veo! *Mira à dent.*

Alonso. A lo que mirar se dexa, mucha gente va subiendo àzia nuestra Caseria.

Luis. Sin duda, que el Juez ha buuelto con alguna nueva tropa en nuestra busca.

Alonso. Qué hacemos, que à socorrer no sabemos nuestra gente? *Luis.* Vamos presto, que en la brevedad consiste el reparo de su riesgo. *Vanse.*

Pedro. Ya empezamos? por Dios, que foy Argel en mi barreno, puesto que al primer tapon con las zurrapas encuentro. *Vase.*

Dentro ruido de espadas, y salen Manuel Mendez, Doña Leonor, Doña Juana, e Isabel, retirandose del Juez, y Soldados.

Juez. Ya que de orden del Virrey oy en mi amparo os tengo, ya, Soldados valerosos, quedaràn presos, ò muertos.

Man. Eſto ferà quando yo rinda el corage poſtrero.

Juez. Como à tanta gente armada te resistes? *Man.* Porque quiero, pudiendo morir honrado, no morir con vituperio. En esta ocasion, amigos, donde estais?

Salen por otra puerta Luis, Don Alonso, y Pedro.

Los 2. No estamos lexos, para perder en tu amparo oy hasta el ultimo aliento. *Riñen.*

Las 3. Gracias à Dios, que el focorro nos ha llegado à buen tiempo.

Pedro. Y yo pajas. *Luis.* Manuel Mendez, Don Alonso, à ellos. *Todos.* A ellos.

Luis. Aunque son muchos, si el Juez les falta, los mas huyendo baxaràn, y por lograrlo muera ya. *Juez.* Valgame el Cielo!
Cae al vestuario.

Sold. 1. Huyamos, pues revestidos tienen estos el infierno, à focorrernos abaxo de la gente de refuerzo. *Vanse.*

Min. Sigamoslos. *Luis.* No lo hagais.

Pedro. Allà voy yo. *Luis.* Tente, Pedro.

Pedro. Como, si està el corazon de colera dando buelcos, y se le viene al instante rodado el vetibolèo?

Luis. Si antes de morir el Juez os declarè mis intentos, muerto ya, ved, Don Alonso, aadi lo empeño à empeño, si es bien procurar la fuga en las alas del deseo, y mas viendo los Soldados, que han llegado de refuerzo, à quienes ferà imposible

resistirnos. *Pedro.* Volaverunt.

Luis. Pedro está bien despachado: ved, Manuel, aquellos pliegos, que en ellos viene el perdón de vuestro Rey. *Juana.* Santos Cielos, llegue ya de vuestra mano à mis fatigas confuslo.

Man. Veamos: este es de mi tío; *Abrele.* con vuestra licencia leo. *Lee aparte.*

Alonso. Vos, bellísimas señoras, habeis ya cobrado aliento del pasado susto? *Isab.* Nunca del favor que os debemos menos socorro esperamos.

Había Pedro con Doña Juana.

Leon. Y como en vos ya no es nuevo favorecer esta vida, por ser tan vuestra, yo creo, que solo por vos lo hicisteis generosamente atento, pues tan al vivo os retratan las laminas de mi pecho.

Alonso. Hermosísima Leonor, en cuyos ojos me quemó mariposa racional, pues con atrevido buelo, su actividad despreciando, à tantas luces me acerco, la palabra que os he dado oy revalido de nuevo.

Leon. El Cielo os guarde, pues vos, cortés, amante, y discreto, haceis que un esposo halle à donde un hermano pierdo.

Juana. Qué me dices, Pedro, tanta memoria à mis padres debo?

Pedro. Es un prodigio; y tu madre está que bebe los vientos; y el vejete avellanado, con mostacho reverendo, me dixo en su idioma: Fique, fiquese acá, Cavaleiro, leve à miña filla Juana este abraçião, que t-ño guardado con un sospiro en lo mais fundo del peitò.

Acaba de leer Manuel, y besa una firma.

Man. Es verdad, amigos míos, que aquí los despachos tengo

de mi tío con el perdón de mi Rey, que reverencio; pero no soy hombre yo tan ingrato, tan grosero, que para desampararos use de tales pretextos; porque fuera acción villana, aun en el mas civil pecho, causar el empeño, para bolver la espalda al empeño; y así, à vuestro lado siempre he de estar. *Luis.* Sois Cavallero; mas ya Don Alonso, y yo las cosas hemos dispuesto para dexar este monte.

Man. Será como yo lo pienso, viniendo todos conmigo à mi casa, donde espero de vuestras de agradecido cortesfanamente atento à la ley de la amistad.

Alonso. No, Manuel Mendez, no es esto, que aunque el pecho de Leonor oy tan favorable tengo para entrar en Portugal, logrando el mayor trofeo, que es su blanca mano, ya otro designio tenemos.

Man. Qual es? *Hablan aparte los tres.*
Pedro. O señora mía!

Isab. Seas bien venido, Pedro: cómo ha ido? *Pedro.* Lindamente he llenado este pellejo, porque los Fidalgos son liberales por extremo.

Leon. Pedro, bien venido. *Pedro.* Ya echaba, señora, menos tu agasajo. *Leon.* Siempre es uno.

Pedro. Aquí traigo de tus deudos, de cartas, y de doblones, llenos estos balfopetos.

Dale cartas, y bolsillo.

Leon. No pudo, amigo, el socorro llegar à mas lindo tiempo: Y mi primo? *Pedro.* Muy ufano, como unico heredero de aquel vejete Almirante tu tío, que está en el Cielo.

Man. Pues tanto decís conviene

al mayor alivio vuestro,
solamente de esse modo,
amigos, irè contento.

Luis. Pues saca quatro cavallos
bien aderezados, Pedro; *Vase Pedro.*
porque he de ir à acompañaros
hasta dexaros sin riesgo;
vos con Leonor, è Isabel *A D. Alonso.*
os quedad mientras yo vuelvo.

Man. Al Africa vais, amigo,
à donde, si quiere el Cielo,
tengo de ir à visitaros,
que allà brevemente espero
pretender passar con cargo
en Maritimo gobierno,
segun mi tio me avisa,
solicita mis aumentos,
pues en Lisboa se està
el focorro disponiendo,
que mi Rey Don Juan embia
à vuestro Monarca excelso;

Abraxa à Don Alonso.

quedad con Dios: vos, señoras,
ocupad mi rendimiento
en vuestro servicio. *Luis.* Aora
dexadlas entrar à dentro,
donde cortefanas usen
reciprocros cumplimientos.

Juana. A Dios, Don Alonso. *Vanse.*
Alonso. El

os guarde, hermoso portento.
O poder de la amistad!
pues con favorable exemplo
aras en suntuoso templo
no en vano la Antigüedad
constituyò à tu Deidad,
elevando tu esplendor;
pues mirados en rigor
tus bizarros procederés,
de los parentescos eres
el parentesco mayor.
Mas ya con pechos llorosos,
la triste ausencia sintiendo,
todos se están desdiciendo
en abrazos amorosos: *Azia dentro.*
Ya en los cavallos fogosos
suben, ya la vega llana
corren, y una fña ufana
hacen con lienzo fiel:

Saca un lienzo, y hace señas.

A Dios, amigo Manuel,
à Dios, bella Doña Juana.
A disponer me retiro;
porque nada nos detenga,
las cosas, y quando venga
Luis Perez:-- pero què miro!
en vano, en vano respiro,
pues una manga lucida
toma una, y otra subida:
què he de hacer, Cielos airados!

Dent. 1. Cercad el monte, Soldados,
y nadie quede con vida.

Alonso. A todo trance dispuesto,
en los ligeros cavallos
saldremos à atropellallos.

Salen Leonor, è Isabel.

Las 2. Don Alonso, què es aquesto?

Alonso. Este es el ultimo arresto,
donde aliento se requiere:
nada aqui es ya bien se espere,
pues en tal peligro estamos.

Las 2. Presto, Don Alonso, vamos
dónde el hado dispusiere.

Alonso. En què infeliz ocasion

Luis Perez falta de aqui! *Vase.*

Isab. Duelase el Cielo de mi. *Vase.*

Leon. Ya crece la confusion. *Vase.*

Dent. 1. Tiempo es de lograr la accion,
al monte, à la casa, al puente,
que uno le passa valiente.

Dent. *Luis.* Pues el passo està tomado,
Pedro, huye por otro lado
contra tanto inconveniente.

*Descubrese mutacion vistosa de Plaza fuerte,
y al són de cajas, y clarines salen el Duque
de Arva, Don Hugo de Menedada de
luto, Juan de Urbina,
y Don Diego.*

Duque. Fuerte fabrica altiva,
piramide à los ojos fugitiva,
en cuya verde espalda,
lecho de flores, catre de esmeralda,
cansada se reclina
de los Cielos la maquina divina,
aunque fuerte presumas
por agrio sitio, y guarnicion de espu-
resistirme oblinada (mas,
à la gente de Carlos alentada,

que

que fue (nadie lo ignora)
 nunca vencida, siempre vencedora;
 como dicen postrados
 tantos climas remotos dominados;
 oy su valor tremendo
 tu soberbia altivez rendirà, haciendo
 esta adusta garganta
 infelice despojo de su planta.
 Y tù, Moro atrevido,
 que à tu Rey natural desposeído
 tienes, veràs postrado,
 el delito execrable castigado,
 y mas quando ya espero tan festivo
 de mi gran Carlos el feliz arriba.

Hugo. Esta, que nuestros triunfos embaraza,
 freno del Español, soberbia Plaza,
 cuya cumbre eminente
 adornada se mira nuevamente
 con fuerçes invenciones
 de quatro levantados torreones,
 que al Cielo su atrevida pesadumbre
 violò la llama, profanò la lumbre,
 firviendole de muro
 duras entrañas de peñasco duro,
 por ser del tiempo fuerte maravilla;
 mas no basta mi lengua à describilla,
 que queda, he presumido,
 con decir la Goleta, encarecido,
 pues por el hondo fiso, que la cierra,
 es horrible padrastro de la tierra,
 y por sus fortalezas singulares,
 fortificado assombro de los mares;
 aunque estè governada
 por Barbirroja, ya defengañada
 de poder resistir à tanta ira,
 puesto que es tan difícil, quando mira,
 que con tremenda falva,
 quando menos, la sería un Duque de Alva,
 con poder no fucinato,
 por el invicto Cesar Carlos Quinto
 se ha de rendir.

Duque. Hugo, así lo espero,
 que teniento à mi lado vuestro acero,
 y siguiendo valiente su doctrina
 el siempre valeroso Juan de Urbina,
 que gasta solo, quando fiel le aclama,
 las trompas, y las plumas à la fama,
 fiando à tu valor tan alta gloria,
 desde luego me ofrezco la victoria.

Urbina. Mirad, que avergonzando
 me estais, señor.

Duque. Muy bueno es esto, quando,
 si vuestro brazo lidi,
 yo mismo (si, por Dios) le tengo embidia.

Hugo. Señor, a questeas canas
 ya diéron lo mejor.

Duque. Sospechas vanas!
 Decid, no haveis oido
 el adagio, que dice repetido,
 que es el anciano noble un etna breve,
 que oculta ardores, aunque ostéta nieve?

Hugo. Esta frase, señor, de verdad llena,
 es frase muy usada, pero es buena.

Duque. Nunca yo anduve, nunca en mis em-
 D. Hugo de Mancada, por rodeos. (pleos,

Diego. Por esta injuria passo? *ap.*
 Que el General de mi nunca haga caso,
 y use solo conmigo los rigores,
 dando à otros Oficiales los honores!

la causa no comprehendo,
 aunque en averiguarla siemore entiendo.

Duq. Vuestra esposa murió, D. Hugo amigo?

Hugo. Este luro, señor, es fiel testigo.

Duque. Siéntolo mucho.

Hugo. En mi pesar severo
 estimo, gran señor, tal compañero.

Duque. Decid, de vuestra hija (mi señora
 Doña Maria) que disponeis aora?

Diego. Av ingrata homicida, *ap.*
 dulcíssimo veneno de mi vida!
 aunque mi se se mire despreciada.

Hugo. Mirandola, señor, desamparada,
 por su madre llorosa, *(mosa.*
 temiendo, y con razon, que es muy her-

Diego. Dígalo yo, que atento à su luz pura,
 idolatrè en Viferta su hermosura. *ap.*

Hug. Algú riesgo (què mal la voz se explica!)
 que fuele tener Dama hermosa, y rica,
 la mandè que viniesse
 donde à mi lado cuerda redimiesse
 riesgo à que la hermosura se apercibe;
 en esta carta ultima me escribe,
 que llegrà gozosa
 à festejar esta tarde en esta hermosa
 estancia lisonjera
 del bosque, que bordò la Primavera,
 à quien el mar abraza
 una milla distante de esta Plaza.

Diego.

Dieg. Qué es lo q' escucho, Cielos soberanos!
la ocasion se me viene oy à las manos, *ap.*
pues ya estoy persuadido
à lograrla atrevido,
por que siempre oportuna
favorece al ofado la fortuna,
haciendo:- pero esto
la ofada execucion dirà mas presto. *Vase.*

Hugo. Yo estoy aficionado
à Juan de Urbina. *Al Duque ap,*

Duque. Bien habeis pensado.

Hugo. Esto que he referido,
tu sangre, y su valor han merecido.

Duque. Alabo esse gobierno,
que escoger no pudisteis mejor yerno.

Urbina. A solas hablan, que pensar me queda:
què cosa havrà, que yo saber no pueda?

Duque. El secreto parece que ha estrañado
el Maestre de Campo. *Hugo.* He reparado
desde el primer instante,
que bien dà muestras de ello su semblàte
en algunos extremos:
dissimulad, señor. *Duque.* Dissimulemos:
Y el niño? *Hugo.* Es estudiante.

Duque. Traedle por acá.

Hugo. Tiempo hay bastante:
tengo en esso esperanza,
por ser baxa el estudio en que afianza
sus aciertos la ciencia,
y ayudada una vez de la experiencia,
se miran consumados
unos valerosísimos Soldados,
que torre sin cimiento,
presto cede à las ráfagas del viento.

Duq. Estas razones son de un hõbre diestro.

Hugo. El tiempo, gran señor, es mi Maestro.

Duque. Decis bien: aora vamos
donde todos alegres recibamos
vuestra hija. *Hugo.* Escusado
serà, señor.

Duque. Muy mal habeis pensado, (mas
que aunque viejos importa à nuestras fa-
el ser muy servidores de las Damas.
Marchar podrè seguro,
pues el Marquès del Bisto bate el muro,
cuyo valor embidia el fiero Marte:
arriamad los cavallos à esta parte.
Aunque apresure Carlos sus jornadas, *ap.*
las brechas ha de hallar perficionadas.

Hugo. Para alivio, señor, de mi desvelo,
tratadlo con Urbina. *Al Duque ap.*

Duque. Tratarèlo;
que si la vè una vez, y obra Cupido,
poco tendrè que hacer, pues advertido
el sabio considera,
q' es la belleza gran casamentera. *Vase.*

Hugo. El corazon no cabe ya de gozo:
venid, señor. *Urbina.* Ya voy.

Hugo. Qué lindo mozo! *Vase.*

*Salen Doña Maria, y Teresa con escopetas,
vestidas de camino.*

Maria. Gracias, Cielo soberano,
te doy, pues en ti confio
del amado padre mio
poder oy besar la mano.
Del sitio favorecida,
que tanto verdor alcanza,
entretendrè la esperanza,
en la caza divertida,
cerca de esse monte, que
esse golfo, sin agravios,
con sus cristallinos labios
humilde le besa el pie:
ya que mi primo Fernando,
con domesticas agencias,
para dar las providencias
quedò en la Quinta esperando.

Teres. No venimos muy cansadas
del viage que nos inquieta.

Maria. Vilerca de la Goleta
dista dos breves jornadas.

Teres. Ya llega el tiempo en que veas
aquel Don Diego tu amante,
que te sirvió tan constante.

Maria. Si mi cariño deséas,
à mi amor agradecida,
puesto que no me agradó
esse Cavallero, no
me le nombres en tu vida,
sabiendo que no se mide
mi desprecio con su fe.

Teres. No te enojas; hay mas que
se haga conforme se pille?

Maria. Teresa, tus persuasiones
esto à certe giras basta.

Teres. Parece que he dado al traste *ap.*
con mis in exposiciones:
tan desdichada criada

ninguna con su ama ha sido. *Vanse.*
Al entrar se salen por otra puerta Don Diego,
y gente, vestidos de Moros, con mascarar,
y D. Diego poniendose la suya.

Diego. Seguidme, sin hacer ruido,
 hasta que entre en la espesura,
 pues divinamente humana,
 es quando el campo la adora,
 hermosa injuria de Flora,
 bella embidia de Diana.

Todos con aquesta traza
 traed los rostros tapados,
 pues del disfraz amparados
 entraremos en la Plaza.

Y al logro de accion tan fiera,
 que me ayudará, prevengo
 esse barquillo, que tengo
 emboscado en la ribera.

Vengarème de esta fuerte,
 pues desesperado estoy,
 y muera de agravios oy
 quien diò ayer de agravios muerte.

Vanse, y sale Luis Perez con botas,
y espuelas.

Luis. Ata, Pedro, estos cavallos
 en la margen cristalina
 de esse arroyo, que las flores
 risueñamente salpica. *Sale Pedro.*

Dexemoslos descansar
 entre las ramas vecinas,
 que facilmente resisten
 los rayos que el Sol fulmina.

Bastante tiempo tenemos,
 pues que tan cerca se mira
 la Goleta, à quien combaten
 del Duque de Alva las iras;
 supuesto que quiso el Cielo,
 por mi dicha, ò mi desdicha,
 que sin Don Alonso dexé
 las montañas de Galicia,
 quien con mi hermana, y Leonor
 discurro que escaparia,
 pues correr mirè cavallos
 huyendo de la Justicia;
 y queriendo incorporar me,
 cargò la Cavalleria
 sobre nosotros, negando
 el alivio à mis fatigas.

Pedro. Para que ficente mi baza

dame de tiempo una pizca:
 otro Juan Palomo eres
 de faramalla no viста,
 supuesto que tù te lo
 contes, y tù te lo guisás.

Luis. Hasta fiber su destino
 no alienta la pena mía.

Pedro. Dexate de pesadumbres.

Luis. Quando, desfachas impias,
 saltaréis à un infeliz!

Pedro. Pues no fuera picardia,
 que à hombres con tanto vigote
 les saltassen las desdichas?

Luis. Irèmos à la Goleta,
 donde mi pecho codicia
 alguna bala, que acabe
 con esta infelice vida,

por lograr::- *Suena un tiro.*

Dentro voces. Valgame el Cielo!

Luis. Què es lo que mis ojos miran!

Pedro. Què ha de ser? unos Morillos,
 que salen de la cocina
 de Vulcano. *Luis.* Tente, espera,
 que una Dama fugitiva,
 bella, de Venus afrenta,
 fuerte, de Palas embidia,
 viene à nosotros huyendo,
 de unos Moros perseguida.

Pedro. Es verdad.

Sale Doña Maria acelerada.

Maria. Español noble,
 segun el trage publica,
 de vos à valerse viene
 una muger affligida,
 para que la defendais
 de essa canaila enemiga.

Luis. No temais, que perderè
 en vuestro amparo la vida,
 y hasta lograrlo, mi pecho
 serà muralla. *Salen D. Diego, y gente.*

Diego. Seguidia.

Luis. Què es seguidia? voto à Dios,
 que mate à quantos lo digan,
 porque ha hallado su defensa
 en aquesta espada invicta. *Sacala.*

Diego. Hidalgo, si no quereis,
 que con esta carabina *Sacala.*
 la boca obscura de fuego
 escupa ardiente saliva

en vuestro pecho, la empresa dexad. *Luis.* Hacerlo querria, mas vive Dios, que no puedo, porque no sè:- *Pedro.* Tararira.

Luis. Tirame, y despacha presto; pero mira como tiras.

Diego. La lumbre me faltò, apelen *Tira del gatillo, y no dà fuego.* à la espada vuestras iras.

Pedro. La carabina de Ambrosio hizo lo mismo algun dia.

Luis. Infames, viles, canallas,
Riñe con todos.
perros, villanos, gallinas,
probad aora este acero,
que rayos despide. *Pedro.* Chispas!

Diego. Ya que no pude lograr mi intento, seguidme. *Pedro.* Atiza. *Metelos Luis, y Pedro à cuchilladas.*

Luis. Huid, canalla. *Maria.* Los Cielos amparen, joven, tu vida.

Dent. Hugo. Tèn esse estrivo.

Dent. Duque. Gonzalo, toma esse cavallo aprisa.

Diego. Huyamos. *Luis.* Hasta la Plaza os seguirà mi ofadìa.

Salen el Duque, y Don Hugo.

Duque. Què es esto?

Hugo. Tened, Soldado.

Luis. Dexad que estos perros siga, pues para mi rabia es poca toda la Morisma.

Duque. Ya es imposible alcanzarlos, pues el monte los abriga:
Què ha sido esto?

Maria. Permitid,
que à vuestras plantas invictas se postre mi rendimiento.

Duque. Alzad, Dada peregrina.

Hugo. Què miro? valgame el Cielo!

Maria. Padre, y señor? *Hugo.* Hija mia, como te hallo de esta fuerte en tantos riesgos merida? *Abraxala.*

Sale Teresa. Desgraciada muger soy: què no haya halado en mi vida un desesperado, que me robe por cortesìa!

Sale Cencerro con la espada desnuda.

Cencer. Nadie delante se ponga,

que vengo hecho una desdicha: fuera digo. *Teres.* A buena hora se viene el viejo potrilla.

Cencer. Michacha, estuve ocupado en cuidar de la familia, y hacer que tomen un pienso mozos, y cavallerias.

Duque. Ya que no he logrado yo ocasion en que os sirva, facadnos de este cuidado vos, señora. *Hugo.* Dinos, hija, què sobrefalto has tenido?

Maria. La relacion es sucinta.
De ponerme à vuestras plantas templaba las ansias mias, midiendo esta verde esfera en la caza divertida, quando de lo mas espeso del monte saltò enemiga infame tropa de Moros, que robarme pretendia; y al que fue mas atrevido, quitè la infelice vida con esta escopeta, que mi diestra mano fulmina, arma de solo un impulso (ò mal haya inadvertida mano, que de solo un golpe toda su venganza sia!) y mi focorro encargando à mis plantas fugitivas, encontrè esse valeroso joven, cuya bizarrìa, invictamente valiente, y valientemente invicta, me socorriò, dando noble alivio à tantas fatigas.

Luis. Felice mil veces yo, pues la fortuna propicia ocasion ofrece en que de algo un infelice sirva: Dame, gran señor, tus plantas.

Duque. Alzad: vuestra gallardia ha desempeñado à todos, y desearè, por mi vida, ocasiones de serviros.

Hugo. Dexad, señor, que rendida mi voluntad generosa, de vuestras de quanto estima

tan valerosos alientos
 en amparo de mi hija;
 y así, galán Cavallero::- *Saludanse.*
Luis. Ved, señor::- *Sale Urbina.*
Urbina. Reconocida
 la persona del cadaver,
 no ha faltado quien afirma
 ser Soldado de las Tropas:
 Què es lo que mis ojos miran? *ap.*
 Què hermosura tan bizarra!
Duque. Pues que se haga la pesquisa.
Teres. Es hora que à aqueſſas plantas
 se postre la humildad mia?
Cencer. Es hora que effos zapatos
 limpie con esta vedija?
Hugo. Seas bien venido, Cencerro:
 tú, Teresa, bien venida.
Duque. Sois Español? *Luis.* Si señor.
Duque. De què País? *Luis.* De Galicia.
Teres. Arredro vayas, demonio:
 Gallego? hay mayor desdicha!
Duque. Servis al Cesar? *Luis.* Con esse
 designio, señor, venia.
Duque. Y haveis servido hasta aora?
Luis. Si. *Duque.* Fue con plaza sencilla,
 ò aventajado? *Luis.* De Alferrez.
Duque. Què decis? de Infanteria?
Luis. Si señor, para el viage,
 que el gran Duque de Medina
 hizo de orden del gran Carlos,
 logró la fortuna mia
 una Vandera, y no pude,
 por circunstancias precisas
 importantes à mi honor,
 passar, señor, à servirla;
 aora ya desocupado,
 à costa de mil fatigas,
 vuelvo à servir à mi Rey.
Duque. Pues huelgome, por mi vida,
 que tengais tan buen principio,
 con valor que le acredita,
 pues que sentará sobre él
 mejor una Compania,
 que en nombre de Carlos Quinto
 mi favor os facilita.
 Teneis por ventura aora
 alguna vacante, Urbina?
Urbina. Si señor. *Duque.* Ponedle luego
 en posesion de orden mia.

Luis. La fama tu nombre aclame
 con mil trompas repetidas.
Pedro. Yo añado numero à quantos
 panzas de oveja repican.
Duque. Y vuestro nombre? *Luis.* Señor,
 (aqui es forzoso que finja) *ap.*
 es Don Alvaro Sarmiento.
Duque. Ilustre sangre, y antigua.
Pedro. Con Noè toca, que fue
 su padre Juan de las Viñas.
Dentro ruido de artilleria.
Duque. Pero què rumor es este?
Hugo. A lo que de aqui se mira,
 es, señor, que de la Plaza
 hace el Moro una salida.
Duque. Pues en què nos detenemos?
 denme mi cavallo aprisa.
 Perdonad, que estas licencias
 trae consigo la Milicia; *A D. Maria.*
 despues, señora, havrà tiempo
 en que mas de espacio os sirva. *Vase.*
Urbina. Venid, gran señor. No ví *ap.*
 belleza mas peregrina. *Vase.*
Hugo. Toma luego ru carroza,
 vente con tu primo, hija,
 que despues de la funcion
 tendrán lugar mis caricias.
 Venid, noble Cavallero. *A Luis, y vase.*
Luis. No os perderè de vista.
Pedro. Còmo se llama? *Teres.* Teresa.
Pedro. Y su ama? *Teres.* Doña Maria.
Pedro. Me huelgo que se acabasse
 toda aquella retaila
 de Leonores, Lauras, Porcias,
 Beatrices, Ineses, Luissas,
 Juanas, Claras, Hábeyes,
 Violantes, y Margaritas.
 Usted se và? *Teres.* Si señor,
 à hacer que estè prevenida
 la carroza, me adelanto.
Pedro. Pues es justo que la sirva. *Vanse.*
Maria. Ya que no tengo, señor,
 ningun respeto que impida
 mi agradecer, permitid,
 que à vuestras plantas::-
Luis. Què miran *Detienela.*
 mis ojos! Tened, señora,
 no se vean desvanecidas
 todas las flores humanas

Luis. Ya no es mi nombre Luis Perez,
 porque trocarle fue fuerza
 por el de Alvaro Sarmiento,
 hasta que fortuna quiera
 abrir con alguna acción
 para declararme puerta.
 Vos dadme los pies, señora:
 tú, que aguardas, que no llegas,
 Isàbel, donde mitigues
 los cuidados que me cuestras? *Abrazale.*

Leon. Ya, señor, con vuestra vista
 todos los recelos cesan.

Isab. Sabe el Cielo, hermano mio,
 las congojas, y las penas,
 que con sustos, y temores
 he padecido en tu ausencia.

Alonso. Reconocido el peligro,
 que manifesto se acerca,
 no por mí (sabela el Cielo)
 si por la preciosa deuda
 de librar estas dos Damas,
 que quedaron à mi cuenta
 (digámoslo así) al instante
 dispuse con diligencia,
 que aquese trage vistiessen
 (aunque el recato lo sienta)
 con que al hombre mas galán
 tan bizarramente afrontan.

Luis. Cortarome luego el passo
 los Soldados, de manera,
 que no pude incorporarame,
 y en fortuna tan deshecha,
 al Africa mi viage
 dirigí por otra senda,
 contento con que mi hermana
 quedaba à la sombra vuestra.

Alonso. Por esto en Madrid no quise
 (ya que el trage las alienta)
 que se quedassen, supuesto,
 que siempre à la vista nuestra
 las penas comunicadas
 ya son aliviadas penas.

Luis. Pero como yo os detengo
 en pie de aquesta manera?
 Entrad, señoras, entrada,
 descansareis en mi tienda,
 probando incomodidades,
 que trae consigo la guerra.

Vanse las dos.

Alonso. En un monte os esperamos
 distante de allí tres leguas,
 pero como no veniais,
 con temerosas sospechas
 à la Corte pasè, donde
 besè las plantas al Cesar,
 que estaba ya de partida,
 y à bien poca diligencia
 (gracias doy à mis disculpas)
 me mandò que le siguiera,
 à donde à su heroica vista
 mi primero cargo exerza.
 Tuvimos feliz viage;
 pero referir mi lengua
 hazanas, que en su discurso
 executò su grandeza,
 ferà imposible. *Luis.* Contadme
 alguna, por vida vuestra,
 mientras està cuidadoso
 recorriendo las trincheras.

Alonso. Al pie de esse monte altivo,
 cuya atrevida soberbia,
 verde gigante, pretende
 escalar del Sol la esfera;
 mandò Carlos, que su gente
 se apeasse, porque pudiera
 con mayor facilidad
 trepar las asperas breñas,
 puesto que el monte por partes
 es de notable aspereza;
 y su Real Magestad
 escusò esta diligencia,
 porque le traxo el cavallo
 un gran señor de la rienda;
 y por llegar antes que
 execute el Sol su fuerza,
 el rostro bolviò, y llevado
 de su natural viveza,
 con gran gravedad mandò,
 que la gente le siguiera:
 esto originò un murmureo
 entre la menos experta,
 que decla (aunque de cierto
 no se supo donde venga)
 como el Cesar và à cavallo,
 y como no considera,
 que trae el andar à pie
 tan grandes inconveniencias,
 manda hacer lo que un Soldado,
 ya

ya fatigado, no pueda,
 que si lo experimentàra,
 no hablàra de tal manera.
 Este murmurèo llegó
 à los oidos del Cèsar,
 y con semblante agradable,
 sin dár de colera señas,
 del cavallo airosamente,
 con no vista ligereza
 se apedò, y sacando la espada
 cortò al cavallo las piernas,
 diciendo: No han de contar
 las historias venideras,
 que Carlos mandò, y que tuvo
 tan atrevida respuesta,
 sin que con nobles acciones
 heroicas muestras no diera,
 de que supo executar
 lo que sus voces ordenan,
 corriendo fortuna igual
 con la gente que gobierna,
 ya en dichas, ò ya en desdichas,
 ya en victorias, va en tragedias.
 Y vino à pie desde entonces,
 siguiendo todos sus huellas,
 hasta pisar de lo llano
 la agradable estancia amena.

Luis. Digna accion es, vive el Cielo,
 que por memoria perpetua
 el bronce, el marmol, y el jaspe
 conserve en doradas letras.

Alonso. Pues esperad, que no es menos
 lo que de contar me resta.
 Apenas fue recibido
 con regocijos, y fiestas
 entre Militares salvas,
 dignas de tanta grandeza;
 el Duque de Alba llegó
 (como era precisa deuda)
 ofe scndole el Baston,
 que governaba en su ausencia;
 pero el Cèsar no le quiso,
 dando esta heroica respuesta:
 Regíste. Duque, por mì,
 supuesto que en essa diestra
 ilustremente le adoran
 tanto valor, y experiencia;
 veis como Cèsar de Gante,
 servirè a la sombra vuestra

con una pica, siguiendo
 las Catholicas Vanderas.

Luis. Accion digna de su pecho
 notables cosas me cuentas:
 pero entrad à descansar,
 no esteis de aqueffa manera.
 Venid, que quiero sepais
 de mis fortunas diversas,
 puesto que son mis sucesos
 cierta especie de novela.

Alonso. Tienen por alma el amor,
 y vos nunca su cadena
 arrastrasteis. *Luis.* Pues ya, amigo,
 imperiosamente reyna
 en mi pecho. *Alonso.* Serà objeto
 como de la eleccion vuestra.

Luis. Hasta zelos tengo. *Pedro.* Effen
 se llama miel febre ojuelas.

Luis. Al insigne Duque de Alba,
 desde mi funcion primera
 debo especiales favores.

Alonso. Prodigioso es su Excelencia.

Luis. Para alentar mi valor,
 me honrò con una Gineta;
 y Don Hugo de Moncada
 su subalterno, finezas
 hace notables por mì,
 bien que yo no las merezca.

Alonso. Siempre el hombre de bien es
 estimado donde quiera. *Vase.*

Luis. Entrad, señor: y tú, Pedro,
 no entres allà, mira, espera.

Pedro. Qué quieres?

Luis. Viste à la hermosa
 dulce causa de mis penas,
 la Venus de estas espumas,
 desde cuya azul esfera
 ardientes ravos dispara,
 fulmina doradas flechas?

Pedro. Hombre, di Doña Maria;
 para que todos te entiendan,
 no me andes por rodeos:
 si la he visto, y por mas señas,
 que las diò en no querer
 ser hermosura mostrenca:
 pues me dixo esta mañana,
 quando pasè por su tienda:
 Como està tu señor, Pedro?
 Yo respondi: Bueno queda,

y de enamorado se
derrite como manteca,
y es menester aplicarle
una cosa blanca, y fresca,
que discurro le mejore,
como de estas manos venga:
Pues dile, me dixo (con
mejores explicaderas)
que no se venda tan caro,
y dale mis encomiendas.

Luis. Felice mil veces yo,
puesto que de mi se acuerda
tan noblemente benigna
la hermosura, que me cuesta
tantos ardientes suspiros,
del alma mudas querellas.

Pedro. Como quien no hace la cosa,
date por allá una buelta,
porque la pobre señora
de agradecida rebienta.

Luis. Di à Don Alonso, que voy
à hacer una diligencia;
y tú estate por ai,
y si por ventura llega
su padre, avísame luego.

Pedro. Pues encaja, y no seas bestia.

Vanse cada uno por su lado, y salen Doña

Maria, Teresa, y Cencerro.

Maria. Causame grande alegría
ver los fuertes esquadrones
poblar con tal guardia
aquesta region vacia
de dorados pavellones,
siendo en gigantes arrojados
piramides corpulentos,
à todo causando enojos,
embarazo de los ojos,
y embarazo de los vientos.

Teres. Ponderará con intento
mil maravillas Castilla;
pero dexese de cuento,
porque es ver un campamento
la unica maravilla,
pues tan presto se bolvió
tu primo, se quitó de esto.

Maria. Si allá su amor se dexó,
no te admire, que tan presto
su amado centro buscó:
mas mi corazon rendido

ap.

à tanta bizarra accion,
còmo olvida inadvertido
el tormento apetecido
de su amorosa passion?
Si lo que dixé al criado
algun efecto tendrá?

Cencer. El alma està con cuidado.

Teres. Desie aquel lance pasado
no descansa. *Cencer.* Ello dirà.

Maria. Mas mira quien en la tienda
entra. *Teres.* Tèn, señora, mia,
que es con gala reverenda
el galàn de la contienda. *Sale Luis.*

Luis. Ayude amor mi osadia.
Dichoso mil veces yo, *Llega.*

y felice yo mil veces,
si de estas plantas merezco
besar oy la estampa breve,
ignorada de la arena,
no conocida del cespèd.

Maria. Ya estrañaba, Cavallero,
sabiendo quanto pretende
serviros mi voluntad,
que tan remiso estuvièssis
en dexaros ver, y darle
los preceptos que apetece.

Luis. Señora, mi cortedad
no os espante, que no acierte
à lograr felicidades,
que ha muy poco que lo aprende.

Maria. Ved, en què à poner llegais
los ojos, porque yo empené
à mi padre para el logro,
que vuestra fortuna enmiende.

Luis. Tan altos mis pensamientos
son, que del dorado Fenix
de esse cristalino globo
tocar las luces se atreven.

Maria. No os entiendo: albricias, alma. *ap.*

Luis. Facil es el entenderme. *Hablan ap.*

Teres. Què te parece, Cencerro?

Cencer. Que es un muchacho excelente.

Teres. Dime, quedàramos bien,
si aora Don Diego vinièssis?

Cencer. Pues etele el ruin de Roma.

Teres. Aqui hay pendencia solemne:
valgame el Cielo! *Cencer.* Preciso
es buscar quien lo remedie:

al Duque avisar pretendo. *Vase.*

Maria.

Maria. Nunca, Don Alvaro, esse Cavallero, que decis, tuvo la ocasion mas leve para tal atrevimiento; y aunque zeloso se muestre, yo siempre le he despreciado, y le he aborrecido siempre.

Luis. Así lo creo.

Maria. Mas què miro! entrando en la tienda viene, y para que veais del modo que le trato, esse retrete os oculte, mientras yo le despido. *Luis.* No consiente mi valor essa baxeza, que no acostumbra esconderse.

Maria. Oy se estrenarà, mirando quanto à mi honor le conviene.

Luis. Valgate Dios por honor, quànto en estos casos puedes! y es esconderse en ellos repetido tantas veces!

Escondese, y sale Don Diego.

Maria. Pues còmo, señor Don Diego, de esta manera se pierde el inviolable respeto, que à estos umbrales se debe? Còmo, sin temer las iras, que causais injustamente de mi padre, y mias, ofais entrar aqui de esta fuerte? Bolveos, ò vive el Cielo, que llame toda mi gente, para que castigue tantas ofensas descorteses.

Teref. Pobre hombre, y còmo te carga de cosecha de Septiembre!

Diego. Què mas gente, hermosa fiera, que vuestros ojos celest.s, con cuyo rigor ociosas las iras humanas queden?

Al pañ. Urb. Con la noticia que el Duque me ha dado, aqui entrar se atreve mi amor à hablar: mas què veo! à espacio, penas crueles.

Maria. No os entiendo, y así idos.

Diego. Como, ingrata, no me entendes? Ya que para mitigar el bolcàn que el pecho enciende,

à adorar buelvo las luces de mi amado sol ausente, dame siquiera de alivio lugar para que me quexe.

Urbina. Pues à tal tiempo lleguè, cubierto de estos canceles esperarè la sentençia de mi vida, ù de mi muerte.

Luis. Què esto escuche, y de mi pecho la mina ya no rebiente!

Sale Pedro al paño por otro lado.

Pedro. Haviendo visto à Don Diego entrar, salir el vejete, y despues colarse Urbina, es justo los considere, segun los humos de mi amo, rinendo à teate bonete; pero Don Diego està solo con ella, escuchar conviene.

Maria. Si no os vais, yo procuro remediarlo de esta fuerte. *Quere irse.*

Diego. Pues ya, bellissima ingrata, que na la mi amor merece, el atrevimiento pueda lo que las ansias no pueden. *Quiere tomarla una mano.*

Luis. Què miro! *Urbina.* Què veo!

Sale Luis. Tened.

Urbina. Quièn se viò en lance mas fuerte!

Maria. Valgame el Cielo! *Diego.* Por esto eran, fiera, los desdenes?

Luis. Por esto, y para que yo tanto atrevimiento venga. *Riñen.*

Diego. Yo tambien. *Pedro.* Donde estará Urbina, que no parece? *Sale Urbina.*

Urbina. Tened, pues à mi valor oy le toca solamente lograr, riñendo con ambos, la venganza.

Luis. De esta fuerte *Riñen.*

se cobra de mi. *Pedro.* Ya aora, que el Duque volando viene, salgo allà: Señor, aqui *Sale.* estov yo. *Luis.* Vete.

Pedro. Què es vete?

Maria. Cavalleros, esta tienda no es pal sra, donde puede, tan à costa de mi honor, vuestro duelo mantenerse;

y mas quando yo no he dado
ocasion à que os aiente
à profanar del sagrado
tantas soberanas leyes.

Pero el Duque. *Urbina*. En estos casos
no importa. *Riñen*.

Maria. Cielos, valedme!

Salen el Duque, y Cencerro.

Duque. Què es esto? como, señores,
profanais ofadamente
esta inmunidad, que tantas
veneraciones merece? *Embaynan*.

Y como el acero invicto
en los ocios se entretiene,
quando yo le he menester
ofado, como otras veces,
para postrar por el suelo
esse Atlante, que valiente
con todo el Olimpo acuestas,
ni se agovia, ni se tuerce?
Por vida de Carlos Quinto,
que à todo el mundo escarmiente
vuestro castigo: decid,
què ha sido esto?

Pedro. Hecho una sierpe
està. *Luis*. Llegando Vuecencia,
nada, señor. *Vase con Pedro*.

Urbina. Casualmente
lleguè, y deciros no puedo
la causa que les movièse
à reñir. *Cencer*. Si no doy soplo,
se matan adredemente.

Urbina. Y solamente sè, para
que mis dolores se aumenten,
que ya no puedo lograr
la dicha que se me ofrece. *Vase*.

Duque. B'en claramente, Don Diego,
estis razones me advierten
fer vos de aquestos excessos
quien toda la culpa tiene.
No en vano aquel poco agrado,
que yo os he mostrado siempre,
ha sido porque enmendèis
tan refueltos procederes.

Diego. Señor, vos:- *Duque*. No repliqueis,
idos, y advertid prudente,
que mi valor:- *Maria*. Santos Cielos,
què es esto que me sucede?

Duque. Por el honor de esta Dama,

de su castigo os abfueve:
Què mal hice en declararme *ap*.
à Urbina! anduve imprudente.

Diego. Pues contra mi, gran señor,
vuestros enojos proceden,
ya que no supe agradaros,
infelice yo mil veces. *Vase*.

Maria. Yo, señor:-

Duque. Decid, señora.

Maria. Sabe el Cielos:-

Duque. Ingenuamente,
què ha havido sobre este caso?
Pero esperaos, que viene
vuestro padre con el Cesar,
despues lo sabrè. *Maria*. Valedme,
Cielos! *Duque*. No os afliais,
mostrad el semblante alegre.

Maria. Mirad, señor, por mi honor.

Duque. Esto por mi cuenta quede.

*Salen el Emperador Carlos Quinto, Don
Hugo, y acompañamiento*.

Emp. Como, de mi adelantado,
à la tienda haveis venido
de Hugo? pues què ha sucedido?
que me teneis con cuidado.

Duque. Supe, señor, (lindo cuento!)
que estaban unos Soldados
en cierto lance empeñados,
con bien poco fundamento:
y como yo deseè
siempre evitar un arrojò,
por no causar vuestro enojò,
aquì el passo acelerè:
Mirando que havia llegado,
cessaron en la pendencia,
tomando con diligencia
esta tienda por sagrado:
y como causa no vi
de usar con ellos rigor,
en vuestro nombre, señor,
el perdon les concedi.

Emp. Huvèisme dado gran gusto
quitando la disension;
y haverles dado el perdon
fue muy justo; porque es justo,
que con favorable exemplo
gocen de la inmunidad,
que à donde està la Deidad
allì constituye el Templo.

Maria.

Maria. Honras, y mercedes tantas
no sabré recompenfar,
fino llegando à besar
vuestras generosas plantas. *Arrodillase.*

Emp. Alzad, señora, del suelo,
que tan ufano se vè,
feliz, y alegre, porque
merece hospedar el cielo.
Es su belleza extremada, *ap.*
nuevo harpòn es de Cupido.

Maria. Seais, gran señor, bien venido.

Emp. Vos, señora, bien hallada.

Tencis hijo? *Hugo.* Si señor.

Emp. Pues dadle una Compañía.

Hugo. Es muy niño todavía,
tiempo havrà para el favor:
Soldado rasò ha de ser,
pues llevo à considerar,
que no ha de saber mandar
quien no supo obedecer.
Bien la doctrina nos dà
vuestra Magestad prudente
con la accion que està presente.

Duque. Es seguro. *Emp.* Bien està.

*Hablan aparte el Emperador, y el Duque,
y Don Hugo con D.ña Maria.*

Hugo. Has visto algo de esto? *Maria.* No.

Hugo. Pues tú qué hacías aquí?

Maria. Al alboroto salí,
por vèr quien acà se entrò.

Emp. Y en consiguiendo mi intento,
de Barbarroja à pesar,
à Argèl tengo de situar,
vive Dios. *Duque.* Así lo siento.

Emp. Que aunque de diversas leyes,
quando el peligro se vè,
el favorecerse fue
política de los Reyes;
y mas quando breve espero
el socorro peregrino,
por el mar, de mi sobrino
el Rey Don Juan el Tercero. *Caxas.*
Pero qué he llegado à oír?
quien causa tanto rumor?

Duque. Barbarroja, gran señor,
que oy os sale à recibir.

Hugo. A los ataques se arroja
temerario, como vès.

Emp. Siempre lo creí, que es

cortésano Barbarroja. *Sale Urbina.*

Urbina. De Infantes, y de cavallos
no oyes, señor, el rumor?

Duque. Venid, Hugo: Aquí, señor,
mientras voy à rechazallos,
me esperad. *Hugo.* Quedaos: los dos
verèmos como despejan. *Vanse.*

Emp. Que me quede me aconsejan:
muy buen consejo, por Dios!

Urbina. Solamente vuestro amago
basta para su ruina. *Forcejean.*

Emp. Dexadme entrar, Juan de Urbina.

Urb. No havéis de entrar. *Emp.* Santiago.

Daie un empellon, y vase sacando la espada.

Urbina. Nadie templarà su saña. *Vase.*

Cencer. El Poèta garrasul,
de la palabra formal
se agarrò, sin cierra España.

Teref. Lindamente se escapo!

Cencer. Mi soplo algo merecía.

Maria. Viste con la bizzarria,
que à cargo mi honor tomò,
porque avive la passion
del alma que tierna adora?

Teref. Dexa esto, y veamos aora *Tocan.*
la fiesta desde el balcon. *Vanse.*

*Salen Barbarroja, Sinàn, y Moros con al-
fanges, y rodajas.*

Barb. Oy es el aña, Soldados,
que valientes, colericos, y airados,
por leis, con el valor que ya os inflama;
dar eternos asuntos à la fama;
puesto que tan ufanos
se vienen à entregar en vuestras manos
los Españoles, cuya frente altiva
coronò de laurèl, cindò de oliva,
tanto valor, que los temò la tierra
por legitimo affombro de la guerra.
Pero vuestro denuedo vigilante
rendirà altivo, postrarà arrogante
el orgullo famoso
de tanto Español Marte valeroso,
y los agudos filos de esta escada,
con ofuso furor, fiereza ofada,
no temeràn congoja,
al vèr que los alienta Barbarroja,
que à su Rey (siempre altivo)
hace andar temeroso, y fugitivo
por varios Orizontes,

pitando breñas , fatigando montes,
por configurar valiente
coronar de laurel su altiva frente.

Sinàn. Pues à ellos ; y el Cielo *ap.*
les conceda victoria , que mi anhelo
(no sè por què secreto)
siempre les tuvo singular afecto.

Barb. Esto es por alentarlos solamente, *ap.*
que si Carlos valiente
asalta la muralla , y atrevido
la Plaza gana , viéndome perdido,
sua que nadie lo impida,
la oculta mina me darà salida.
Sinàn , ya el enemigo
nos recibe; seguidme. *Sinàn.* Ya os figo.

*Suena ruido de tiros , caxas , y clarines , y
salen el Duque , Don Hugo , Juan de Urbina
na , Luis Perez , Don Alonso , Pedro , Isa-
bèl , y Doña Leonor con espadas , y rode-
las , y retiran à los Moros.*

Duque. Ea , valientes Españoles,
à ellos. *Hugo.* Ea , Castellanos.

Luis. Aprieta , Pedro. *Pedro.* Ya aprieto.

Luis. Y vosotras retiraos.

Las dos. Què es retirarnos , viètiendo
este trage? *Pedro.* Pues andallo,
que no siempre los graciosos
han de ser unos maniacos. *Vanse.*

*Sale el Emperador retirandose de Barbar-
reja , y tropa de Moros.*

Emp. Pensarèis , tropa enemiga,
aunque acosado de tantos,
se ha de rendir el aliento
de este acero , y este brazo?
Pues no , que antes que se rinda,
viven los Cielos sagrados,
que pedazos he de haceros,
ò havais de hacerme pedazos.

Barb. Rindete ; pero què veo!
tened la espada , Soldados,
que es Carlos el que mirais,
esto lo muestra bien claro
el Asiete , que en su pecho
peyna veïones dorados:
Ròndios , à què aguardais?

Emp. De esta fuerte. *Riñe con todos.*

Dent. Luis. Todo el campo
buscando al Rey he corrido,
y no he podido encontrarlo,

para ver:-- pero què miro! *Sale.*

Barb. Rindete. *Emp.* No sè , villanos.

Luis. Què es rendirse ? vive Dios, *Riñe.*
si està mi espada à tu lado,
que rayos de acero esgrime
en su favor? ponte en salvo,
señor , que yo quedo aqui
hecho muralla de marmol.

Emp. Que me ponga en salvo yo?
mal me conoçeis , Soldado.

Luis. No hay remedio?

Emp. No hay remedio.

Luis. Pues apretemos la mano.

Barb. Tetiremonos de aqui,
y à buscar refuerzo vamos.

Retiraos el Emperador , y Luis.

Emp. A ellos. *Luis.* A ellos.

Sale el Duque. Què es esto?

Emp. Què ha de ser ? obra el valor.

Duque. Pues como estàis , gran señor,
en riesgo tan manifesto?

retiraos. *Emp.* Permitir
no puedo modos templados;
donde mueren mis Soldados
alli tengo de morir.

Quiere entrar , y el Duque le detient.

Duque. No hay alguna entre las glorias,
que à esta libertad iguale,
ella solamente vale
mas de quinientas victorias.

Si algun remedio no aplico, *ap.*
peligrarà , que es valiente.
Retiraos solamente,

Con el sombrero en la mano.

señor , porque os lo suplico,
ya que la razon informa
lo mucho que se interesa.

Emp. Yo no he de dexar la empresa.

Duque. Con què no hay forma?

Emp. No hav forma,
aunque sea temeridad,
quitad , Duque , que entrarè. *Forcejea.*

Duque. Vive Dios , que me valdrè
de toda mi autoridad.

Encasquetz el sombrero.

Quièn me dió este bastòn ? *Emp.* Yo.

Duq. Donde tengo imperio ? *Emp.* Aqui.

Duque. Sois vos mi Soldado ? *Emp.* Si.

Duque. Negais la obediencia ? *Emp.* No.

Duque.

Duque. Llegandolo à confessar,
obedeced presto vos;
porque si no, vive Dios,
os mandarè castigar.
Scor Soldado (así ha de ser)
porque ninguno le ofenda, *Muy grave.*
vaya de guardia à mi tienda,
pues allí le he menester.

Emp. Quien en tal lance se viò! *ap.*
Que cuides estimarè
de aqueste Soldado, que
vida, y libertad me diò. *Vase.*

Duque. Es mozo muy alentado,
bien conozco su valor.

Luis. Mucho me honrais, gran señor.

Duque. Vos lo teneis grangeado;
y que Carlos os dè, intento,
el premio que corresponde;
y aora entremos por donde
anda Marte mas sangriento. *Vase.*

Luis. En esso sí, vive Dios,
asistirè yo el primero.

Sale D. Diego. Esperaos, Cavallero,
que tengo que hablar con vos.

Luis. Esta espada cortadora
nada teme: què quereis?

Diego. Mataros. **Luis.** Que siempre haveis
de llegar à mala hora!
Sigamos oy una ley,
siendo un breve rato amigos,
por matar los enemigos
de mi Dios, y de mi Rey;
y así:- **Diego.** Tan bizarro alarde
al no reñir favorece.

Luis. Esperad, que esso parece
darme nota de cobarde:
la accion de vuestros extremos
aquesta espada mejora,
rechacemoslos aora,
y despues nos matarèmos.

Diego. Venceis la dificultad;
mas que fuera (es evidente)
resistir à tanta gente
notable temeridad.
D. tràs de aquella colina,
pues que sin gente la miro,
à esperaros me retiro. *Vase.*

Luis. Vive Dios, que fois gallina:
mas no es justo me acobarde,

aunque vienen tan restados.
Salien Barbarreja, Sinàn, y Moros.

Barb. Aquí le dexè: Soldados,
llegad todos. **Luis.** Venis tarde,
supuesto que el General,
quando en peligro le viò,
à su pesar le ausentò.

Barb. Quien viò desventura igual!

Pues tan feliz ocasion
tu valor me hizo perder,
sin duda debes de ser
hombre de suposicion:
que al mas honrado prefiere,
y al mas valiente retrata
quien tan fieramente mata,
quien tan duramente hiere:
y aunque no consiga oy
otra presa, vèr espero,
llevandote prisionero,
gran rescate. **Luis.** En esso estoy.
De esta manera me entrego, *Riñe.*
que estas manos alentadas
distribuyen cuchilladas,
como centellas al fuego,
à imitacion del abismo.

Barb. Ninguno quartèl le dè.
Luis. Pero la espada quebrè: *Quebrafese.*
ò reniego de mi mismo!

Barb. Llegad unos por aqui,
mientras à otros hace frente.
Cercante, y abraxante por las espaldas.

Luis. De esse modo solamente
pudierais triunfar de mi.

Barb. Es valiente, y arreftado:
quien su valor no celebra? *Llevante.*

Sinàn. Si la espada no se quiebra,
mal lance haviamos echado.
No vi mas bizarra accion,
y debe, por valeroso,
à mi pecho generoso
una entrañable aficion. *Vase.*

**Sale Juan de Urbina retirandose de tro-
pa de Moros.**

Moros. Rindete.

Urbina. Nunca ha sabido
este acero: andad, canalla,
que vive Dios, que no quede
hombre libre de mi saña.

Moros. Acofadle por aqui. *Tropieza, y cae.*

Salé Isabèl, y ponesè à su lado.

Urbina. No importa : el Cielo me valga !

Moro 1. Echaos todos sobre èl.

Isab. Bizarro joven, levanta,
que esta espada te defiende: *Levántase.*

Estàs herido ? *Urbina.* No. *Isab.* Vaya.

Urbina. De dònde, galan mancebo,
para evitar mi desgracia,
fuiсте ? *Isab.* Reñí aora.

Urbina. Si aqueſte brazo me ampara,
nada temo, aunque à esta parte,
conociendo la ventaja,
lluevan Moros. *Isab.* Mas que lluevan,
que à mas Moros, mas ganancia:
Huid, perros; como mi aliento
tanto en deshaceros tarda ?

Huyen los Moros.

Urbina. Esperad, joven bizarro, *Detienele.*
mientras que mi sè postrada,
por socorro tan valiente,
os dà las debidas gracias.

Isab. Todo vos lo mereceis.

Urbina. Segun las señas declaran, *ap.*
creyera:- pero es locura.

Al paño Pedro.

Pedro. Que no encuentre yo à mi ama,
para darle la noticia
de tan notable desgracia !
Pero ya allí la diviso,
que con Don Alonso habla,
aunque de espaldas le veo.

Isab. Estimo fineza tanta.

Pedro. Llegarè: señora.

Llega cogiendo à Urbina de espaldas.

Urbina. Què oigo ?

Pedro. Cayòse acuestas la casa.

Isab. Villano, infame, atrevido,
de aquesta manera guardas
secretos que te se fian ? *Dale.*

Pedro. Tenla, señor, que me mata.

Isab. A mis manos moriràs.

Urbina. Templi vuestra justa saña;
pero no, no la templeis, *Detienele.*
enojaos, que las Damas,
aunque hermosas, mas hermosas
estàn, quanto mas airadas.

Isab. Por vos, noble Cavallero,
oy adelante no passan
mis iras. *Urbina.* Guardaos el Cielo.

Pedro. No andemos en pataratas:
tu hermano và prisionero,
de manera, que en volandas
se lo llevan. *Isab.* To lo el Cielo
caiga sobre mi. *Pedro.* No caiga.

Isab. Què dices ? *Pedro.* Aora creo
le entran dentro de la Plaza.

Urbina. Nada, señora, os fatigue,
que el tiempo todo lo allana;
y si agraviò padeceis,
y quereis ver empleada
esta espada, os servirè
con la vida, y con el alma.

Isab. Incapaz de padecerle
ha sido siempre mi fama:
desgracias son de un hermano.

Urbina. Pues referidme la causa,
que en aqueſte trage os tiene.

Isab. Esta es historia muy larga,
mas de espacio lo sabreis.

Urbina. Pues acepto la palabra.
Ya con este nuevo objeto *ap.*
es bien se olviden mis ansias
de todas las antes muertas,
que nacidas esperanzas. *Vase.*

Salen Don Alonso, y Doña Leonor.

Alonso. Pedro, y tu amo ?

Pedro. Aquella es buena:
amigo, cayò en las garras
de Barbarroja. *Alonso.* Què dices ?

Isab. En todo soy desdichada.

Alonso. A què espera mi valor,
que altivo no le rescata ?

Isab. Es imposible, pues ya
dentro està de las murallas.

Pedro. Y los Moros, porque acà
todos la victoria cantan.

Deni. voces. Viva el magnanimo Cesar,
nuestro invencible Monarca.

*Salen el Duque, D. Hugo, Doña Maria. Teresa,
y Cencerro por una parte, y el Emperador
por otra, con una pica en la mano.*

Duque. Viva, valientes Campeones;
y tu Magestad Cesarea,
en albricias del suceso,
à besar me dè sus plantas.

Pedro. Ya que està de centinela
havrà sus tres horas largas,
y bien podia mudarle

el señor Cabo de Esquadra.

Maria. Pues què novedad es esta?

Hugo. Cosas del gran Duque de Alva.

Alonso. Extraña obediencia! *Urbina.* Digna que aplauda à voces la fama.

Duque. Ya , gran señor, que pasó la tormenta que arriésgaba vuestra persona , será justo que aliviéis la carga.

Quitale la pica con gran reverencia.

Emp. La obediencia solamente es quien al Soldado ensalza. *Clarín.*

Pero què voces son estas, del metal articuladas, que velozmente sonoras los velos del aire rasgan?

Duque. A lo que mirar se dexa, con comitiva bizarra un gallardo Moro viene tremolando seña blanca.

Emp. Si querrà tratar de entrega?

Duque. Responded à la llamada, que el salvoconducto ofrezco.

Emp. Novedad es de importancia ap. sin duda; y por si me toca una respuesta gallarda, teniendo el Duque el Baston, como en la funcion passada, porque le pese à mi aliento, tengo las manos atadas; y para el breve remedio, su misma industria me valga.

A çònde mandais? *Duque.* Aquí.

Emp. Quièn foy? *Duque.* El Rey mi señor.

Emp. Què os dà esse Baston? *Duq.* Honor.

Emp. Puedo quitarosle? *Duque.* Si.

Emp. Con essa insignia ya vi, que me hiciérais retirar, no darè otra vez lugar; y aunque aora no mejorada de mano , dam la aora, *Tomasefe.* que le quiero yo mandar; y no culpeis esta accion, que solo os le he quitado, porque cumplis demasiado, Duque , vuestra obligacion: por lograr una intencion ha sido , que aqui se encierra mi laurel. *Duque.* En nada yerra

tu Magestad con mi amor, que los Reyes , gran señor, son los Dioses de la tierra.

Emp. Decid aora que llegue el Moro. *Alonso.* Accion alentada !

Duq. Bien se ha vengado. *Hugo.* Es extraño su valor. *Dentro cañonazos.*

Emp. Pero què salva tan à lo lexos se escucha sobre estos campos de plata?

Sale D. Diego. Señor. *Emp.* Què es esto?

Diego. Segun avilan las atalayas, cortando montes de espuma una poderosa Armada viene saludando el Puerto.

Hugo. El socorro es que se aguarda.

Emp. Es sin duda; aora mejor recibirè la embaxada.

Duq. Pues ya llega. *Ped.* A aquellos perros no hay quien los dè unas zarazas?

Sale Barbarroja por el patio à cavallo con acompañamiento , y un Trompeta delante.

Barb. Carlos invitò, Emperador valiente, à cuyo acero atòz , mano triunfante, riende Neptuno el humedo tridente, y Jupiter el rayo fulminante: Barbarroja, cortès, sabio , y prudente, te saluda , no meuos arrogante, que no es justo deroguen, entre Reyes, leyes de guerra , del respeto leyes. No sientò , que valiente , y arrestado me sities la Goleta embravecido, ni que mis armas hayas rechazado, ni que victoria hayas conseguido, que es duro disponer del duro hado; solo sientò que à mi te has atrevido, sabiendo que es mi poderoso aliento dueño del agua , y àrbitro del viento. Porq ha muerto mi gète vuestro acero, no dudo , que estaràs vanaglorioso, pues ventajoso à mi te confisiero, que el que te defendiò tan valeroso, en mi poder se mira prisionero, y aunque le opuse un barillon copioso, à todos embistiò , bien fati fecho, la espada en mano, y el escudo al pecho. Cruel , fiero , rabioso , y obstinado, la espada esgrime , y el escudo bate,

no le prendo , si no se le ha quebrado
el acero ; prevene à su rescate,
sin erer, que en tan duro triste estado
mis rigorosas coieras dilate,
que sera , si no evitas tanto enojo)
de aqueſte brazo miſero deſpojo.

Hugo. Quien es? *Dsq.* Alvaro Sarmiento,
el que con accion famosa
vueſtra hija defendio
de aquella canalla Mora.

Maria. Què eſcuchó ? valgame el Cielo !

Diego. Quanto mi venganza eſtorva *ap.*
eſte accidente ! *Emp.* Atended,
arrogante Barbarroja,
à quien he eſcuchado , ſolo
por ſer accion que me importa,
tanta ſobervia , aunque tengo
buelta la ſangre ponzoña.
Por la libertad de aqueſte
Cavallero , por quien geza
deſde aquel lance paſſado
la libertad mi perſona,
la victoria diera en cange
(y es muy poco la victoria)
la copia de prifioneros,
los alfanges , y marlotas,
que haſta aora te he quitado
en las empreſſas famoſas,
te darè : mira ſi eſtimo
en mucho ſu vida heroica.

Barb. Yo no he menester alfanges,
que Vulcano me los forja,
Jupiter me les dà el temple,
y Marte me los adorna;
y para que poſtre tantas
arrogancias orgulloſas,
como hijo de la fortuna,
gente la tierra me brota
tanta , que hallo poderoſo,
quando miro à la redonda,
un cavallo en cada rama,
y un ginete en cada hoja.
Preven rescate copioſo
en oro , perlas , y joyas,
por que no pruebe los filios
de aqueſta cuchilla corba.

Emp. Pues antes que el gran Planeta
de eſta maquina redonda
en los campos de Neptuno

tienda la madeja roja;
antes que pulſe la rienda,
y antes que la planta ponga
en el eſtrivo dorado
de la radiante caeroza,
para dàr vida à las flores,
y hacer de una en otra Zona,
deſde el Oriente al Ocaſo,
la jornada luminosa,
reconocido à ſus brios,
y caſtigando eſta pompa,
con un general aſſalto
libertarè ſu perſona. *Vaſe.*

Duque. Eſſo me agrada , que es
digno de mayores honras. *Vaſe.*

Barb. Yo anticiparè primero
mis acciones rigorosas. *Retiraſe.*

Urbina. Vive Dios , que eſtas acciones
me cauſan embidia honroſa. *Vaſe.*

Diego. Ya con aqueſte accidente
alienta , eſperanza loca. *Vaſe.*

Hugo. Quièn libertarte pudicra!
vèn, hija. *Maria.* El Cielo diſponga *ap.*
ſu libertad , porque yo
ſalga de tanta congoja. *Vaſe.*

Tereſ. Mira como lo ha ſentido
el ama. *Cencer.* Què ha de hacer, tonta?
le toca en el alma , y ſiente
cada uno lo que le toca. *Vanſe.*

Alonſo. Venid , ſeñoras , y el Cielo
ocaſion me ofrezca pronta
en que liberte à mi amigo
de eſclavitud tan penoſa.

Leon. Aſi ſea. *Iſab.* Porque yo
ſalga de tanta zozobra. *Vanſe.*

Pedro. Y acabada eſta jornada,
os cito para la otra.

JORNADA TERCERA.

Deſcubreſe el muro de la Plaza , y ſalen
Sinàn , y Luis Perez embozados.

Sinàn. Del ſitio favorecido,
de la tiniebla amparado,
de tu valor obligado,
y de mi piedad movido,
te he procurado poner
en libertad , ſin dudar.

Luis.

Luis. Con què te podrè pagar tan bizarro proceder?

Sinàn. Aquí tienes esta escala,
Dale unos cordeles.

atala de aqueſta almena,
y baxar al foſſo ordena.

Luis. Què dicha à mi dicha iguala?
dexa que beſe eſſos pies
por el favor que me dàs.

Sinàn. No pierdas el tiempo, que has
menester para despues.

Barbarroja, por guardalla
(que es lo que mas le deſvela)
de una en otra centinela
và rodando la muralla.
Puede ſer que por aqui
encamine ſu partida,

y aſi antes que me despida
quero preguntarte. *Luis.* Dì.

Sinàn. Si mudafſemos los dos
de fortuna, por honrarme,
dàs palabra de ampararme?

Dale la mano, y abrazanſe.

Luis. Si dov. *Sinàn.* Pues à Dios. *Vaſe.*

Luis. A Dios.

Para que con alegria
mire la prenda que adoro,
caber pudo en pecho Moro
tal linage de hidalguia?
Aqui atar la escala intento,
ya que no he ſido ſentido,
para tener atrevido
lugar de echarme.

Salen Barbarroja, y Moros.

Barb. Què gente?

Luis. Pero perdido me advierto.

Todo me ſale al revès.

Barb. Quièn và alla?

Moro 1. Diga quien es.

Luis. El demonio.

Ai ir à reconocerle, dale, y cae el Moro.

Moro 1. Av que me ha muerto!

Barb. Què veo, Cielos soberanos!

Dime, el Eſpañol no eres
atrevido? *Luis.* Si, què quieres?

Barb. Q ièn te libertad? *Luis.* Mis manos.

Barb. Como, legandote à vèr,

no te matan mis anhelos?

cercadle. *Cercanle, y riñe con todos.*

Luis. Què es eſto, Cielos!
vive Dios, que no ha de ſer
como en el lance primero.
Si deſpeñadero hallàta, *Forceja.*

yo miſmo me deſpeñara,
y ya aqui hay deſpeñadero.

Recibidme, centro ciego
de tanto foſſo profundo,
porque quede fama al mundo
de Luis Perez el Gallego.

*Abrazafe con unos, y dexaſe caer con
ellos dentro.*

Barb. No vì mas valiente arreſto. *Vaſe.*

Dent. unos. En el foſſo es el ruido.

Dent. otros. Gente del muro ha caído.

*Salen el Emperador, y el Duque, por di-
verſas partes.*

Duq. Què es aqueſto? *Emp.* Què es aqueſto?
quièn cauſa tanto rumor?
que en la ocaſion dificulto.

Duque. Pero alli diſiſo un bulto:
quièn và allà? *Emp.* Duque?

Duque. Señor.

Emp. Què novedad hay? *Duque.* No sè
la cauſa de eſtos extremos:
pero àzia el foſſo lleguemos.

Emp. Què puede ſer eſto? *Duque.* Que
tres hombres deſde el cristal
tierra toman abrazados.

Arrojaſe Luis Perez al tablado con dos Moros.

Luis. Vive Dios, que fois peſados
como pecado mortal:

Matarèos con rigor,
ſi no os rendis à mi,
perros: mas quièn eſtà aqui?

Emp. Don Alvaro? *Luis.* Gran ſeñor,
deme vueſtra Mageſtad *Arrodillaſe.*

à beſar ſus pies. *Duque.* Con dos
ſe ha arrojado, vive Dios!

Emp. Maeſte de Campo, alzad:
viſte hombre mas alentado?

Duque. Ya os tengo referido,
que fue antes conocido
por Heroe, que por Soldado.

Luis. Con tal favor, no coſticia
mas mi valor, pues me agrada,
que empuñe à empuñe ſe eñada.

Emp. De donde fois? *Luis.* De Galicia,
Eſta pregunta, en rigor,

*af.
al-*

algun misterio asegura.

Emp. Y conocéis por ventura un Luis Perez? *Luis.* Si señor.

Emp. Un hombre tan vil, que trata mal los rimbres de Galicia, pues burla de mi Justicia, y sus Ministros me mata? Entre aquella humilde gente por allí se hace temer, si fuera aquí, puede ser, que no fuera tan valiente.

Luis. Indignado está, y yo cuerdo *ap.* hablar no pretendo ufano, ya que yo por mí me gano, lo que yo por mí me pierdo. Siempre le vi, gran señor, tenido por hombre honrado; pero ha sido desgraciado en defensa de su honor.

Emp. Está bien: Aora mirad, si acaso sabe un Pagano el idioma Castellano.

Moro 1. Yo, señor.

Emp. Pues levantad.

Qué hay de nuevo?

Moro 1. En la congoja, que justamente se altera, por todo mañana espera gran socorro Barbarroja, de Infanteria, y Coraza, mandada entrar de tropel, porque rompiendo un Quartel puedan entrar en la Plaza.

Emp. Novedad es la que oí muy grande: confuso estoy, y no puedo darle oy el asalto que ofrecí, y mas quando acelerarlo fue por libraros a vos: *A Luis.* Quién los manda? *Moro 1.* Allí.

Emp. Por Dios, que habeis de ir à derrotarlo; *A Luis.* nombradle un destacamento *Al Duq.* de Españoles alentados.

Duque. De estos, los menos verdados prestarán al mundo aliento.

Emp. Marchad, supuesto que ufana à la Aurora peregrina ya le corren la cortina

nubes de carmin, y grana.

Vase con e. Duque.

Luis. Ya, fortuna, tanto aumento te estimo, y mientras Piganos huviere, y tenga yo manos, todavia no estoy contento. *Vanse.*

Salen Doña Maria, Teresa, y Cencerro.

Maria. Qué es lo que dices, Cencerro? tú le has visto? *Cencer.* Yo le he visto mas galan, que Gerineldos, salir oy con el Sol mismo, mandando un destacamento de Cavalleros lucidos, hecho Maesse de Campo, à buscar los enemigos, que entrar socorro pretendien.

Maria. Como de tanto conflicto escapò? *Cencer.* Dicese, que barbaramente atrevido se ha precipitado al fesso, agarrado de un racimo de Moros, à tiempo que el Cesar, y el Duque invicto, rondando iban las trincheras por dos parages distintos; y viendo accion tan bizarra Carlos, la merced le hizo, que te rifero, señora.

Maria. Con esto ya el pecho mio puede alentar. *Teres.* Y yo darte la enhorabuena. *Maria.* Te estimo, Teresa, la voluntad, à mi amor agradecido; pero hasta verle bolver triunfante, en vano respiro.

Cencer. Si le miraras salir sobre un animado risco delante de aquella Tropa, adornada de bruñidos peros, y finas zeladas, de cuyo remate altivo las plamas, y las garzetas, en ondas de varios visos, por los paramos del aire simbran. Abries floridos, de veras me lo dirias.

Teres. No ven el viso podrido, v como se regodea?

Maria. Calla, que gracia ha tenido.

Cencer.

Cencer. Hija, quien tuvo retuvo,
segun dice el refrancillo,
y en tocando en estos puntos,
yo reniego de los bríos,
que no despiertan, por mas
que ya se miren dormidos.

Teref. Pero el Duque viene à verte.

Maria. Solo, Terefà? *Teref.* Solito.

Cencer. Sin duda trae novedad.

Sale el Duque. Aunque licencia no pido,
no, no os espante, señora,
que hombres de los años míos
tal prerrogativa tienen.

Maria. Sois, señor, bien venido,
que como siempre teneis
imperio en los alvedríos,
no necesitais llamar

en ninguna parte. *Duque.* Esimo,
señora, vuestra lisonja.

Maria. De todo, señor, sois digno.

Duque. Decidme, cómo os sentis
en el continuado ruido
de tanto marcial estruendo,
de tanto inquieto bullitio?

Maria. Yo como nací, señor,
hija de Soldado, quiso
la fortuna, que no me hagan
novedad los ejercicios
Militares. *Duque.* Yo me alegro;
y mientras que divertido
dexo à vuestro padre, quiero,
que sobre aquel lancecillo
me informéis, porque yo pueda
daros despues un aviso.

Maria. A Vuecelencia, señor,
solo pudiera decirlo: *Hablan ap.*
Callarèle, que en mi quarto
Sarmiento estaba escondido.

Cencer. Qué colig's tù, Terefà,
que con estos secreticos
puede intentar su Excelencia?

Teref. Y qué le importa al maldito
vejete, saber aora
si colijo, ò no colijo?

Cencer. Por qué tan cruel, muchacha,
tù te muestras? *Teref.* Porque ha sido
cementerio de por vida,
que siempre se anda conmigo.

Duque. Con que despues que Sarmiento

entrò valiente à impedirlo,
llegò Urbina? *Maria.* Si señor,
es verdad. *Duque.* No en vano dixo;
que yo lograr no podía
la dicha que le he ofrecido,
pues por vos hallò riñendo
dos Cavalleros altivos.

Y Sarmiento qué buscaba?

Maria. Debio de entrar advertido
à hablar à mi padre, à tiempo
que viò el exceso, que he dicho.

Duque. Oid, señora: Vuestro padre
os traxo con el designio
de casaros con Urbina,
y à mi instrumento me hizo,
porque con èl lo tratasse:
quedò muy desvanecido
con tal favor; y despues
se ha mostrado tan remisso,
como os dixè; y aora
resta, que vos con cariño
le satisfagais, haciendo,
que queden desvanecidos
sus zelos, que para esto
no os faltaràn filogifinos.

Maria. Señor, aunque Juan de Urbina
es Cavallero tan digno
aun de mayores empleos,
que perdoneis, os suplico,
no poder daros el sí
à favor tan exquisito.

Duque. Cómo? siendo un Cavallero
tan bizarro, tan bien quito,
tan valiente, tan discreto,
tan noble, y tan entendido?

Maria. Todo, señor, lo concedo;
pero yo tengo motivos
para no aceptar la dicha:
ya parece que me explico.

Duque. Quales son? si no es que ya
el cariño divertido
en otra parte tengais.

Maria. Ya discurro que lo han dicho
caractères, que en mi rostro
dexo la verguenza escritos.

Duque. No por esso os turbais:
luego ya tarde ha venido
mi pretension? *Maria.* Si señor.

Duque. Acabaraís de decirlo:

Y quièn ha sido el dichoso,
por si yo en algo le sirvo?

Maria. No os acordais, señor,
del valor, la gala, el brio
con que aquel joven famoso,
abandonando peligros,
me librò de entre las manos
de los fieros enemigos?

Duque. Es Sarmiento? *Maria.* Si señor.

Duque. Me alegro, por Jesu-Christo,
que esse solamente puede,
valerosamente invicto,
competir à Juan de Urbina,
y no negarè, que he sido,
à vista de tal fineza,
un tonto en no discurrirlo;
y los dos de igual empleo
son ya. *Maria.* Pues haveis sabido
lo que recatè hasta aora,
aun de mis propios suspiros,
si mi padre insiste:- *Duque.* Esso
dexadlo al cuidado mio.
Y sabeis, que aquesta noche,
con su propio precipicio,
abrazado de unos Moros,
se librètò vengativo
de manos de Barbarroja?

Maria. Si señor, ya lo he sabido.

Duque. No es nada menor empreña
la que encargò Carlos Quinto,
mi señor, à su valor,
despues que merced le hizo;
y con qualquier novedad
nos tardan ya los avisos.
Pero què sonèras voces *Clarín,*
con mil aplausos festivos,
por essa region vacia
tiernos esparcen gemidos?

Maria. El es sin duda, que ya
el corazon me lo ha dicho.

Duque. Decis bien; y ya el gran Carlos,
alborozado de oirlo
bolver triunfante à su Campo
de tanto marcial consièto,
le sale al passo: lleguemos
nosotros à recibirlo
tambien; entrad vos, señora.

Maria. Vos, gran señor.

Duque. No replico.

Vase.

Maria. Albricias, alma, pues ya
lograste tu regocijo. *Vase.*

Cencer. Ven, Teresa, donde oigamos
algo de lo sucedido.

Teres. Vamos: mas ya me parece,
no estando puesto en estilo
el relatar las terceras,
que canfarà de preciso.

Cencer. No en esso repares, que
puede ser bueno, y sucinto.

Teres. Pues passarà, como sea
filigranado. *Cencer.* Esso digo:
àzia acà te arrima. *Teres.* Es cierto,
que à muy buen arbol me arrimo.

*Retiranse à un lado, y al sòn de caxas, y
clarines salen el Emperador Carlos Quinto, el
Duque, Don Hugo, Juan de Urbina, Don
Diego, y Doña Maria por una puerta, y
por otra Luis Perez, Don Alonso, Doña
Leonor, Isabèl, y Pedro.*

Luis. Deme vuestra Magestad
à besar, señor invicto,
sus Reales pies, pues en ellos
mi mayor triunfo consigo.

Emp. Alzad, illustre Sarmiento,
y seais muy bien venido:
decidme, còmo triunfasteis
del poderoso enemigo?

Luis. De esta manera. *Cencer.* Clavòse.

Pedro. Ha señor, bueno, y poquito. *Al oido.*

Luis. Oy, grà señor, quãdo la blãca Aurora
disperto alegre en cristalina cama,
à campaña mi Tropa vencedora
arrogante saquè, donde la inflama
de mi lealtad la llama vividora,
y de mi fe la vividora llama,
poco hubo menester, que el menor era
un rayo desprendido de la esfera.
En essa verde selva, que el Mar baña,
Alli se ofrece sobre marcha puesto;
ordenada mi gente en la campaña,
à recibirle salgo con arresto:
uestro Pendòn los aires acompaña,
à la valiente Tropa manifesto,
y quando dèbil sus espacios mide,
azorado del viento, el viento impide.
El barbaro Caudillo enfurecido,
al aire ofrece trèmulas Vanderas,
la raridad ocupa el bronce herido,
rom-

rompiendo de diamante las esferas,
 escuchando el horrifono fonido:
 affombrados los montes, y las fieras
 del estruendo fatal, no se redimen,
 las fieras tiemblan, y los montes gimen.
 Mi fonoro clarin rafsando al viento
 los cristalinos velos transparentes,
 infúle en pechos fuertes nuevo alien-
 nuevo valor en animos valientes: (to,
 quando de la batalla en el sangriento
 temerario fracaso, las ardientes
 espesas balas de mosquetes duros
 obscurecen del Sol los rayos puros.
 La tenebranca, que altivos espetamos,
 nos intimò cruel carga cerrada,
 pero todos valientes apelamos
 à los agudos filos de la espada:
 resistentè feroces, mas logramos
 la sobervia mirar luego postrada;
 porque poblado el campo de rubies,
 nadabamos en ondas carmesies.
 Conozco à Ali, que de rencor vestido,
 fu: Soldados alienta valeroso;
 arrojome sobre el enfurecido,
 y de la espada al golpe rigoroso
 desocupò el arzon despavorido;
 y yo entonces, señor, mirando airoso
 de purpura enemiga el campo tinto,
 victoria apellidè por Carlos Quinto.
 Manda esta gente, que obediènte espera,
 cautiva ya, sintiendo fuerte avàra,
 porque rendida la canalla fiera,
 te sirva fiel con obediencia rara,
 invictisimo Rey, à quien venera
 de tantos emis ferios la Tiara
 la soberana Augusta Monarquia,
 des donde nace, à donde muere el dia.
Emp. Esto mi aliento estima,
 espada en mano, y arrojarfe encima:
 balas, en el rigor del fiero Marte,
 como suelen decir, Dios las reparte;
 pero las cuchilladas, si reñimos,
 los Soldados, y Dios las repartimos.
Pedro. Su bondad las reparte alli infinita,
 pero entre aquellos es q̄ estàn cerquita.
Duq. Què os parece desta bizzarria? *A Hug.*
Hugo. Sabe hacer, y decir, por vida mia.
Emp. Yo os doy, porque mi premio os
 comprehenda,

en la O. dè de Santiago una Encomiè:
 y sin pruebas (pues yo estoy fatisfecho,
 la espada roja adorne vuestro pecho.
Luis. Vivas mas años, que esse peregrino
 Fenix en tanto globo diamantino;
 pregonarè tus glorias, con espanto,
 mientras descoge fiel, à empeno tanto,
 para eterno blason de tu memoria,
 dilatados volumenes la historia.
Suenan dentro con tiros caxas, y clarines.
Duque. Ya avifan los estruendos Militares,
 que invencibles las Tropas auxiliares
 el desembarco acaban. *Emp.* Y se inclina
 mi valor à salir à la Marina
 à recioirlas. *Duque.* Pues venid conmigo,
 que es funcion para vista. *Emp.* Ya os figo.
Duque. Venid, Don Hugo. *Vanse.*
Hugo. Voy: Señor Sarmiento, *Saiudanse.*
 celebre, como mio, vuestro aumèto. *Vase.*
Hablan aparte Isabèl, y Urbina.
Duque. Yo no, que vive el Cielo, *ap.*
 ha de poder muy poco mi desvelo,
 ò ha de matarle airado,
 aunque el medio que elijo no es honra-
 pero què ignorante, (do;
 en pena semejante,
 hay que de honor se acuerde?
 Pierdalo todo quien la vida pierde;
 y mas yo, que me advierto
 muerto de amores, y de zelos muerto. *Vase.*
Urbina. Ya que en pena importuna
 sinrazones sentis de la fortuna,
 de vos tan obligado,
 y de vuestra belleza enamorado,
 quando rendido adoro
 tanto de amor dulcissimo decoro,
 mi se à ser siempre vuestra se adelanta,
 tanto es mi amor, y mi esperanza tanta.
Isab. Vos, como Cavallero
 obrareis siempre. *Urb.* Agradecido espero
 parecerlo: venid. *Vanse.*
Luis. Señora mia,
 vuestras plantas me dad, que no podia
 esta se verdadera
 desear pisar mas elevada esfera.
Maria. Vos seais muy bien venido,
 donde mi pecho espera agradecido
 dar oy con alegria
 la enhorabuena à tanta bizzarria.

Luis. Todo para ferviros es, señora.
María. Don Alvaro, está bien; venid aora
 azia el Mar, que el bullicio le alborota,
 cómo le habiarme podeis sin tanta nota. *Vase.*
Luis. Ea, amigo Don Alonso, ya oportuna
 navega viento en popa la fortuna.
Alonso. Esta victoria, que hemos conseguido,
 tiene al Cesar el triunfo prevenido.
Habian aparte con Lecor, è I,abèl.
Pedro. Y yo, señora hermosa,
 ya que es tratar de amor cosa forzosa,
 razon no tengo de buscar mi medro?
 Qué merespondes? *Ter.* Tú la tienes Pedro.
Pedro. Repara lo que dices,
 que esto es mas viejo, que traer narices.
Ter. Este es vano consejo,
 que lo que viene al caso nunca es viejo.
Cencr. Cómo es esto de viejo? quedo, passo.
Ped. Aqueste es viejo, y se nos viene al caso.
Luis. Luego quéntre en la Plaza Carlos, quiero
 decir quien soy, que agradecido el pero
 se muéstre ya sin colera irritada,
 mirando el desempeño de mi espada.
 Primero hablaré al Duque claramente,
 porque con él intente
 mi perdon en albricias del suceso.
Alonso. Decis muy bien, y yo convengo en esto.
Lecor. Ya en tierra divertida
 de mis Payfanos hay Tropa lucida.
Luis. Vamos allá, por si entre la Milicia
 podemos de Manuel tener noticia. *Vanse.*
Teres. No obstante, sirva el pobre Galleguelo,
 y le querrè.
Pedro. Quando ha de ser? *Teres.* Dirèlo.
Pedro. Pues dilo, y no te vayas tan en seco:
 quando ha de ser?
Teres. En perdonando à Meco. *Vase con Cencr.*
Pedro. Primero, vil, taimada,
 te he de ver por las calles emplumada.
*Vase, y sale Manuel Mendez muy bizarro
 con baston.*
Man. Ya que mi gente briosa,
 entre estruendos Militares,
 la campaña azul desparecia
 por pisar la verde margen,
 bien ordenada la dexo,
 y dispuesta à tolo trance,
 para obedecer del Cesar
 los preceptos inviolables;

y no susiendome noble
 el corazon un instante
 de omision, en visitar
 mis dos amigos leales;
 azia el campamento quiero
 fallirme, por ver si es facil
 hallar quien me dè segura
 noticia donde los halle,
 que no serà poca dicha
 lograrlo, siendo tan tarde,
 y en campo tan confundido
 con los rumores marciales:
 pero por allí divisó
 Soldados, à preguntarles
 quiero llegar: mas qué veo!
 cubierto traen el semblante
 unos de ellos, y veloces
 se acercan azia esta parte:
 qué novedad serà esta?
 Mas ya que puedo ocultarme
 entre estos ramos, verè
 la causa que aquí los trae. *Escondese.*
Salen D. Diego, y emborizados con majaras.
Diego. Ya, amigos, que valerosos
 dais palabra de ayudarme,
 por un papel le he llamado
 à este sitio, donde acaben
 de una vez con él mis iras:
 Pero ya viene, ocultarle
 serà bien, hasta que llegue
 ocasion en que os llame.
Escondense à otro lado, y sale Luis Perez.
Luis. Supuesto que no he podido,
 desde aquel passado lance,
 buscaros, pues ya sabis
 los inconvenientes grandes,
 que se han interpuesto, estimo,
 que vos os anticipasseis
 à llamarne, antes que yo
 lo hiciselle. *Diego.* El Cielo os guarde.
Man. Qué miro, Cielos! no es este
 Luis Perez? bien es que calle
 hasta ver en lo que para.
Luis. Cortesias son en valde;
 à reñir no me llamais?
Diego. Si.
Luis. Pues para luego es tarde. *Riñen.*
Diego. Gran valor! *Luis.* De quando acò
 tan valiente fois? *Man.* Esta: me
 quis-

quieto importa todavía.

Diego. Aora vereis si cobarde
foy, como otra vez dixisteis.

Luis. Reniego de mi corage,
que no os hace mil pedazos. *Acofale.*

Diego. Quièn hay que à tal furia baste?
Amigos, aora es
ocasion, muera, matadle.

*Salen los embosados, y al disparar uno, sale
Manuel, dale, y cae al vestuario.*

Man. Aora no, tened, villanos,
gallinas, perros, infames,
que està aqui quien le defiende,
y quien à todos os mate.

Uco. Muerto foy: Jesus! *Cae.*

Luis. De dõnde,
Manuel, saliste à librarme?

Man. En estando yo à tu lado,
venga el mundo.

Luis. Esto es constante.

Diego. O què desgraciado foy!
huyamos. **Luis.** Muere, cobardes

Tirale una estocada, y cae.

Diego. Valgame el Cielo! Otro. Y à mi
los pies. *Vase.*

Dent. Duque. Azia aquesta parte
se oyò el estruendo, acudid
para saber quien le cause: *Sale.*
tened, y mirad que llega
su Magestad. **Luis.** Fuerte lance!

*Salen Don Higo, Juan de Urbina, el Empe-
rador, Don Alonso, Pedro, Doña Leo-
nor, Isabel, Doña Maria, Teresa,
y Centarro.*

Pedro. Por aqui anduvo mi amo,
porque las tiene mortales:
ayudadme, mete muertos,
à entrar estos perillanes.

Ayuda à entrarlos.

Emp. Què ha sido esto? **Man.** Si merece
b. far tus plantas Reales
un nuevo Soldado, que
por esse camino errante
un Tercio mudando viene
de las Tropas auxiliares,
yo lo dirè, que llegando
en aqueste mismo instante,
vi, que tres firos traidores,
alevemente cobardes,

Hice señas Luis Perez.

por matarle (què querrà
con las señas que me hace?)
acofabin à mi amigo

Luis Perez, que està delante.

Emp. Quièn decís?

Pedro. A Dios, amigos,
ya dimos con todo al traste.

Maria. Què escucho!

Emp. Vos sois Luis Perez?

Luis. Si señor. **Pedro.** A Dios, gáznate.

Luis. Ya que la casualidad
oy, gran señor, me declare,
y mi amigo Manuel Mendez
me ha muerto, pensando honrarme,
antes de hallar la ocasion,
que previno mi dictamen;
yo foy Luis Perez, yo foy
el infeliz, que combiten
los continuados rigores
de la fortuna inconstante;
si defender un amigo,
en un rigoroso lance,
de la Justicia acofido,
dando lugar que se escape;
si mantener valeroso
los blasones de mi sangre,
defendiendo de su lustre
los quilatados esmaltes,
dando la vida à mi honor,
y dando muerte à un infame;
si matar un Juez altivo
(à costa de mis pesares)
para librarme de tantas
persecuciones tenaces;
si matar esos traidores,
que oy à vuestras plantas yacen,
y cruelmente alevosos
la muerte intentaron darme
ante tu Magestad, no
son delitos disculpables,
porque no los procurè,
y fortuna me los trae,
mirando el glorioso fin
que he procurado à mis males,
buscando en servicio vuestro
una bala, que me alcance,
arrojado tantas veces
entre los corbos alfauges

{que

(que en linages de morir
este es el mejor linage)
espero que vuestro pecho
usará de sus piedades;
y si como mis delitos
son, castigo quereis darles,
ya sè que debo la vida;
pero antes, gran señor, antes
que pronuncies la sentencia
rigoroso, en que los pague,
verás, que sè coronar
las murallas del Alarbe
con las triunfantes insignias
de tus Pendones Reales;
consolado morirè
solo en mirar, que constantes
Españoles, à tu frente
Laurèl à Laurèl añaden,
que habiendo gloriosas muertes,
ellas con mi vida acaben:
matenme tus enemigos,
no tus amigos me maten. *Vase.*

Alonso. Espera, amigo, que yo
à tu lado voy à hallarme. *Vase.*

Emp. Tened, oid, esperad,
llamadle, Duque, llamadle.

Isab. y Leon. Sigamos tábien nosotros. *Vanse.*

Pedro. Y yo, y todo. *Vase.*

Duque. Ya no es facil.

Maria. Valgame el Cielo!

Teres. No liores, *Aparte à Doña Maria.*
que està mirando tu padre.

Duque. Pues velozmente ligero
corre, y ya puesto delante
de su Tercio, una Vandera
toma, y à las brechas parte,
y todo el Tercio animoso
tambien le sigue arrogante.

Emp. Quiera el Cielo no se pierda
en locura semejante!

Man. Ya que yo tuve la culpa *Quiere irse.*
voy con el mio à ayudarle.

Emp. Tened, y ya que la noche
cubre de negros celages
los ambitos de la esfera,
y que la gente al abance
prevenida està, decid
à esse sol de Capitanes
Don Alonso Mascareñas

vuestro General, que marche
por su costado à las brechas,
para que por todas partes
con un general assalto
tanto triunfo se me gane.

Man. A esso, y ayudar à mi amigo
parto, señor, al instante. *Vase.*

Ruido de guerra dentro.

Duque. Ya no obstante tanta espada,
y tanto fuego no obstante,
en la muralla tremola
tus invictos saferanes.

Emp. Al del Bastro, al de Pescara,
al gran Don Alonso Idiaquez,
à Don Antonio de Leyba,
à Don Gonzalo Fernandez,
y à Hernàn Cortès avísad,
para que todas las Haces
aboquen luego à las brechas,
dexando retèn bastante
en la línea de refuerzo,
para si nos rechazaren,
que no haràn, quando marchemos,
Dios delante, y yo delante. *Vase.*

Duque. Y todos te seguiremos. *Vase.*

Urbina. A hacer del valor examen.

Hugo. Retirate donde estès
segura, hasta que se acabe
esta gloriosa funcion;
y à Dios. *Vase.*

Maria. El Cielo te guarde.
Todo el afecto del alma
dividido en dos mitades
tengo, sin saber à quien
alcanza la mayor parte,
que es dificil distinguirlo
entre un padre, y un amante.
Ven, Teresa, que he de estàr
à vista de quanto passe.

Teres. Aora estaràs contenta,
pues ya difunto miraste
aquel amante enfadoso,
que en santa gloria descansa.

Maria. Vamos: parece que el Cielo
sobre nosotros se cae, *Tiros.*
con el pavoroso estruendo
del siempre iracundo Marte. *Vanse.*

Gen. Siempre estruendo, y guerra juntos
andan como zipi zape. *Vase.*

Suc-

Suena dentro ruido de clarines , y fuego continuo; descubrese una Vándera en el muro, y salen Barbarroja , y Sinàn por él.

Barb. Ya con rigoroso estrago rinden los valientes brios.

Dent. Duque. A ellos, Españoles míos.

Hugo. Abanza. *Duque.* Abanza. *Emp.* Santiago.

Barb. Aquí te queda, Sinàn, defendiendo estos valuartes, mientras yo por todas partes en tan rigoroso afan, voy alentando mi gente: Mal mi passo se encamina, *ap.* si no me libra la mina de riesgo tan evidente.

Sinàn. Mientras esta espada altiva rija, no hay que recelar. *Vanse.*

Salen todos los Españoles , y dase un abance general , con fuego vistoso.

Hugo. Ea, hijos, à pelear.

Duque. Viva Carlos Quinto.

Urbina. Viva. *Metenlos à cuchilladas.*

Sale Sinàn , acosado de Manuel Mendez , y Don Alonso.

Man. Còmo resiste tu anhelo con colera tan airada?

Sinàn. Nunca se rindiò esta espada.

Alonf. Muera ya. *Sinàn.* Valgame el Cielo!

Tropieza , y cae Sinàn , y al ir à darle , sale Luis , y detienenlos.

Luis. Tened, amigos, parad, que yo à ampararle me atrevo, por ser el Moro à quien debo la vida, y la libertad.

Man. Pues en què remiso estoy? levanta, sin embarazos, bizarro Moro, à mis brazos.

Alonso. Y à los míos.

Sinàn. Vuestro foy. *Abrazanse.*

Luis. Ya, Sinàn, que el enemigo hado, entre males tan fuertes, nos ha trocado las fuertes, nada remas. *Sinàn.* Nunca, amigo, dudè semejante hazaña de vos, en tal laberinto. *Caxas.*

Dent. unos. Victoria por Carlos Quinto.

Otros. Viva España.

Otros. Viva España.

Salen el Duque , Don Hugo , el Emperador , Juan de Urbina , Pedro , Isabel , Leonor , y acompañamiento con hachas.

Duque. Coronad, Soldados míos, todos los sobervios muros de nuestro Monarca Carlos, con los Pendones Angustos; las luminarias voraces hagan con rojos vesubios, que la luz no se eche menos del Planeta rubicundo.

Emp. Al gran Dios de las Batallas, que gobierna mis impulsos, rendir las gracias debemos por tantos favores fumos.

Luis. Ya, señor, que te mitè dueño de tan alto triunfo, y que no logrè morir en estruendo tan confuso, aquí tienes mi cabeza. *Arrodillase.* que no pretende el indulto de tus ojos, por pagar todos sus delitos juntos.

Emp. Mi General de Batalla, levantad, que no hago mucho en perdonaros delitos. *Levantale.* en que la desgracia os puso, y mas quando haveis buscado el mas generoso rumbo, domando de tanto Alarbe el siempre temido orgullo; vida, y libertad os debo con los repetidos triunfos, que valiente conseguisteis, y ha de conocer el mundo lo que mi persona vale, y como dueño absoluto de la ofensa, os perdono, y premio os doy seguro, porque de él sepa tambien quien el desempeño supo.

Luis. Mas siglos mire, que aquel unico Pajaro Turco, que muere, y renace en cuna de abrafados calambucos. Aquí tienes à Sinàn, que en la libertad me puso, segundo de Barbarroja, el que se ha escapado astuto

por no sè què oculta mina,
que ha servido de aqueducto;
si algo mi suplica vale,
logre, señor, perdon tuyo.

Sinãa. Vuestra piedad implorando,
me postro à esos pies Augustos,
y pido el Santo Bautismo.

Emp. Con este pretexto es justo.

Alonso. Yo, como causa primera,
que en tu desgracia le puso,
las gracias, señor, te rindo.

Emp. Aunque sean los yerros muchos,
à todos doy el perdon.

Man. Quien no poca parte tuvo
en su trabajo, tambien
rinda los obsequios suyos.

Duque. Ya que vos le haveis premiado,
otro premio le asseguro
yo tambien. *Emp.* Qual puede ser?
porque yo le dificulto.

Silen Dñs Maria, Terela, y Cencerro.

Maria. Yo cuidadosa, señor,
(no obstante tanto concurso
de militares estruendos)
à vuestra Magestad busco
por darle la enhorabuena
de tan señalados triunfos.

Emp. Vuestro zeloso cuidado
estimo, señora, mucho.

Duque. Ya que oraculo haveis sido
sin particular estudio,
dadle la mano à Luis Perez,
señora. *Hugo.* Què es lo que escucho!
No es esto, señor, lo que

os supliquè. *Duque.* No lo dudo;
pero yo sè que conviene,
sin que arguyais sobre el punto.

Hugo. De todas fuertes dichofo
soy. *Luis.* Y yo mas, que asseguro
mi mayor lauro en tal gloria.

Maria. Ya el fin mi esperauza tuvo
feliz, como descaba.

Emp. Vos seréis padrino suyo.

Duque. Está bien.

Emp. Aora vamos
con mil reverentes cultos
donde se cante el Te Deum,
por beneficio tan sumo. *Vase.*

Urbina. Yo, bellissima Isbèl,
lo que he ofrecido executo;
esta es mi mano. *Isab.* Dichosa
he sido en tanto disturbio.

Luis. Yo feliz con tal cuñado.

Alonso. Y vo mi palabra cumplo,
hermosissima Leonor.

Leon. Vos sois el que pagar supo
los agravios con finezas.

Pedro. Ya que hay de bodas diluvio,
encaja esta mano. *Teres.* Encajo,
aunque la pegues de puño.

Luis. Y habiendo desempeñado
de la manera que pudo,
à Luis Perez el Gallego
en tan penoso infortunio:-

El, y todos. Pide el Alferes humilde
perdon de los yerros sayos,
como de meterse en passos
dignos de mayor coturno.

F I N.

Con Licencia, en VALENCIA, en la Imprenta de la Viuda
de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al
Real Colegio de Corpus Christi, en donde se hallarà
esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1770.